HARLEQUIN

Bianca



Su perdición

Miranda Lee

Su perdición

Miranda Lee

14º Serie Multiautor Chantaje

Su perdición (28.05.2008)
Título Original: Blackmailed into the Italian's bed (2007)
Serie Multiautor: 14º Chantaje
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1843
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Gino Bortelli y Jordan

Argumento:

Ningún hombre le había hecho lo que él…

Jordan había luchado con todas sus fuerzas para olvidar a Gino Bortelli, el arrogante y sexy italiano con el que, años atrás, había tenido un romance que había terminado bruscamente… pero seguía añorando sus caricias.

¡Entonces volvió de pronto a su vida! Más rico, más sexy y aún más arrogante, Gino seguía teniendo el poder de excitarla. Pero los años también habían pasado para ella, ahora era más sabia… y tenía la certeza de que, si volvía a caer en sus redes, sería su perdición. Lo que no imaginaba era que Gino tenía un as en la manga; había descubierto algo sobre ella y estaba dispuesto a utilizarlo. Quería volver a tener a Jordan en su cama y, por mucho que se avergonzara de ello, ella también lo deseaba.

Capítulo 1

Apoyado contra la ventana de la habitación del hotel, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones, Gino observaba fijamente la calle, el ruidoso tráfico avanzando lentamente, la gente saliendo apresuradamente del trabajo para disfrutar del fin de semana en la tranquilidad de su hogar.

¿Dónde estaría el hogar de ella? ¿Se habría casado? Su corazón latía con fuerza al hacerse aquellas preguntas. Sabía que era injusto, pero deseaba que no estuviera casada. Sin embargo, después de diez años, una mujer como ella, hermosa e inteligente, seguro que lo estaría. Algún hombre inteligente la habría cazado. A esas alturas tendría al menos un par de niños.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Se dirigió hacia él consultando su reloj. Las cinco y media de la tarde. Deseaba que fuera el detective de la agencia y no Claudia. No le apetecía hablar con Claudia en ese momento.

—Gino Bortelli —dijo tomando el auricular.

—¿Señor Bortelli?

Era una voz de hombre. Gino respiró aliviado.

—Soy Cliff Hanson, de Confidential Investigations.

—Encantado de hablar con usted. ¿Qué ha descubierto? —preguntó Gino.

—Creo que hemos localizado a la señorita que estaba buscando, Jordan Gray. Nos ha costado un poco, ha resultado ser un nombre muy corriente. Afortunadamente, sólo hay una Jordan Gray viviendo en Sidney que concuerde con la descripción que nos facilitó.

—¿Entonces no está casada? —preguntó Gino tratando de contener la emoción.

—No. Sigue soltera y no tiene hijos. Y usted tenía razón. Es abogada. Trabaja para Stedley & Parkinson. Es un bufete de abogados norteamericano que tiene una sede aquí en Sidney, en el Distrito de los Negocios.

—Lo sé —dijo Gino atónito.

Acababa de estar en aquellas oficinas firmando un contrato esa misma tarde. Era posible que se hubiera cruzado con ella sin darse cuenta.

—De hecho, es la gran promesa de su departamento, la sección de demandas civiles. Hace poco ganó un caso importante frente a una gran empresa de seguros.

«No hay duda, es ella», pensó Gino mientras una sonrisa irónica se dibujaba en su rostro. Jordan odiaba con todas sus fuerzas a las compañías de seguros. Después de que una temblé tormenta destrozara la casa de sus padres, la compañía de seguros rechazó sus

reivindicaciones valiéndose miserablemente de la letra pequeña del contrato. El padre de Jordan trató de luchar contra ellos legalmente, gastándose hasta el último céntimo que tenía. Después de haber perdido la última apelación y haberse endeudado, murió de un ataque al corazón causado por el estrés, dejando solas a su mujer y a ella.

—¿Puede darme su dirección y su número de teléfono? —preguntó Gino.

—Sólo la dirección. Aún no hemos logrado dar con su teléfono. Los abogados como la señorita Gray suelen tener números no registrados.

—Entonces déme la dirección —dijo Gino sentándose en un escritorio dispuesto con todo lo que un hombre en viaje de negocios podía necesitar, acceso a Internet incluido.

Apuntó la dirección en una libreta. Era la de un apartamento en Kirribilli, un elegante barrio portuario de la zona norte de Sidney, muy cerca del puente. Arrancó la hoja de la libreta y la metió en su cartera.

—¿Vive sola? —preguntó a continuación.

—No lo sabemos todavía, señor Bortelli. Sólo llevamos unas horas con este caso. Para averiguar los detalles de la vida sentimental de esta señorita necesitamos algo más de tiempo. Llamando por teléfono o accediendo a Internet no podemos averiguar ya mucho más.

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó Gino.

—Probablemente unas pocas horas. De momento ya hemos conseguido una foto reciente de ella, de su carné de conducir. Además, tengo a uno de mis mejores agentes esperando a que la señorita Gray salga de su oficina esta tarde para seguirla.

—¿Es necesario todo eso? —preguntó Gino sintiéndose incómodo ante aquella violación de la privacidad de Jordan.

—Si quiere saber la situación personal de la señorita para esta noche, tal y como nos indicó, lo es.

Efectivamente, era necesario. Tenía un vuelo reservado a la mañana siguiente para ir a Melbourne. Daba vértigo pensar que, cuando el día anterior llegó en avión a Sidney, Gino no tenía ninguna intención de investigar la vida de Jordan. Sin embargo, durante el trayecto en el taxi que lo llevó desde el aeropuerto hasta la ciudad, los recuerdos que había tratado de enterrar durante la última década resucitaron como si trataran de vengarse de él. Le invadió la necesidad de saber qué había sido de ella. Estaba tan alterado que apenas pudo dormir.

Por la mañana, su curiosidad se había convertido en obsesión. De modo que había llamado a un amigo policía de Melbourne que le facilitó enseguida el contacto de una agencia de detectives de confianza allí mismo, en Sidney. A las diez de la mañana ya había puesto en marcha la búsqueda de aquella estudiante de primero de

Derecho con la que había vivido meses tan maravillosos diez años atrás.

Gino se sentía confuso. Suponiendo que descubriera que no había ningún hombre en su vida, ¿qué haría? Iba a pedirle a Claudia que se casara con él aquella misma semana. Incluso le había comprado ya el anillo. ¿Qué diablos buscaba al perseguir a un antiguo amor que seguramente nunca le daría una segunda oportunidad? Sólo quería verla una vez más. Estar seguro de que era feliz. Nada más. ¿Qué había de malo en ello?

—Manténganme informado de todo —dijo con brusquedad.

—Así lo haremos, señor Bortelli.

Capítulo 2

Jordan volvió a mirar el reloj de la pared deseando que llegaran las seis menos diez. Entonces podría dar una excusa y regresar a casa.

Como cada viernes a las cinco de la tarde, había acudido a la sala de conferencias para participar en la hora feliz, una costumbre que tenía lugar en todas las oficinas de Stedley & Parkinson desde hacía cuarenta años, cuando los fundadores de la compañía en Estados Unidos la iniciaron. Estaba mal visto por los directivos que los empleados no fueran o se marcharan muy pronto.

Normalmente, a Jordan no le importaba acudir. Pero aquella semana había sido dura, personal y profesionalmente. No se sentía con fuerzas para cuchichear con los demás, por eso se había refugiado en un rincón con una copa de vino blanco.

—¿Escondiéndote?

Jordan vio cómo Kerry se dirigía hacia ella con una bandeja de aperitivos. Era la gran jefa, la mujer más hermosa de la sala y lo más parecido a una amiga íntima que Jordan había tenido nunca. Era pelirroja de nacimiento, tenía una cara bellísima, ojos azules y una brillante piel pecosa.

—No me apetece mucho hablar —respondió Jordan tomando un canapé de la bandeja—. ¿Qué lleva esto?

—Espinacas y champiñones —respondió Kerry—. Están riquísimos y no engordan.

—Mmm, está delicioso —dijo Jordan saboreándolo—. Voy a comerme otro.

—Tómate todos los que quieras —dijo Kerry observándola—. ¿Qué te pasa? ¿Rompecorazones se ha ido otra vez dejándote sola?

Jordan la miró con desagrado al oír que llamaba a Chad Rompecorazones, el apodo que le habían puesto el día que llegó allí derrochando amabilidad, con aquella gran sonrisa de estrella de cine estadounidense. Ni una sola mujer de la oficina se había resistido a los encantos del hijo único y heredero de Jack Stedley. Todas habían intentado salir con él, Kerry incluida. Pero había sido Jordan por quien él se había interesado y con quien había estado saliendo los últimos meses.

—Venga, puedes contármelo —susurró Kerry en tono conspirador —. No soy una cotilla como otras de por aquí.

Era verdad. Una de las muchas virtudes de Kerry era la discreción. Con un matrimonio fracasado y varias relaciones a sus espaldas, su amiga había vivido situaciones parecidas muchas veces, la última de ellas hacía muy poco tiempo. Y, a pesar de todo, Kerry seguía tomándose la vida con tanto optimismo como siempre, una actitud que Jordan admiraba y a veces llegaba a envidiar.

Jordan miró sus bellos ojos azules y, haciendo una excepción, decidió confesar lo que le ocurría.

—Chad me pidió que me casara con él ayer por la noche.

—¡Vaya! —exclamó Kerry—. ¿Y cuál es el problema? Deberías estar en las nubes.

—Le dije que no.

—¿Que le dijiste qué? —preguntó su amiga asombrada—. Espera un momento.

Kerry pasó la bandeja a un compañero y tomó una copa de champán.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Kerry con incredulidad—. El chico de oro te pide en matrimonio y ¿tú le dices que no?

—No le dije exactamente que no, pero tampoco le dije sí —dijo Jordan—. Le pedí tiempo para pensarlo. Le dije que le respondería cuando regresara de Estados Unidos.

—¿Por qué? Creía que estabas loca por él. O tan loca como una mujer como tú puede llegar a estarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Oh… ya sabes. Eres muy inteligente, Jordan, pero muy fría. Nunca perderías la cabeza por un hombre como me pasa a mí.

Jordan suspiró. Kerry tenía razón. No era la clase de mujer que perdía la cabeza por un hombre. Aunque sí la había perdido una vez, hacía mucho tiempo. Nunca le había olvidado.

—¿Qué te preocupa? —insistió Kerry—. No puede ser el sexo. Me dijiste que Chad es bueno en la cama.

—Sí, sí, lo es —repitió Jordan, tratando de convencerse a sí misma.

En realidad, nunca hubiera pensado que había un problema si no hubiera conocido a Gino. Chad sabía cómo hacerle el amor, pero nunca había llegado a hacerla sentir como lo había hecho Gino. Ningún hombre había sido capaz.

—¿Qué es lo que me estás ocultando? —preguntó Kerry con el mayor tacto posible.

Jordan respiró resignada. Ése era el problema de las confesiones. Eran como una piedra que se tiraba en un estanque causando enormes ondas circulares. Kerry no descansaría hasta saber la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. O, al menos, una versión convincente.

—Hubo un chico una vez. Un italiano. Hace ya muchos años. Fue durante mi primer año en la universidad. Vivimos juntos algunos meses.

—Y es difícil de olvidar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo tuyo con Chad no está a la altura?

—No.

Ni Chad ni ninguno de los novios que había tenido.

—¿Fue ese italiano tu primer amor?

—Sí —dijo Jordan—. El primero y el mejor.

—Eso lo explica todo —dijo Kerry con satisfacción.

—¿Explica qué?

—Es imposible para una chica olvidar a su primer amor. Y menos si era bueno en la cama. Lo era, ¿verdad?

—Era increíble.

—Sé que crees que era increíble, Jordan. Pero la memoria nos suele jugar malas pasadas. Durante años, después de mi divorcio, pensé que fui una tonta al dejar a mi marido. Luego, un día, mucho tiempo después, volvimos a coincidir y pude darme cuenta de que no me perdía nada, que estaba mucho mejor sin él. Apuesto lo que quieras a que tu italiano no es tan fantástico como crees. Seguro que te dejó tirada.

—No exactamente. Un día, cuando regresé de la universidad, encontré una nota suya en la que me decía que su padre estaba muy enfermo y que tenía que volver a casa con su familia.

—¿No prometió escribirte ni nada parecido?

—No. Ni me dejó una dirección donde poder escribirle. Hasta que se fue no me di cuenta de lo poco que sabía de él. Nunca hablaba de su familia, ni les llamaba. Al menos no cuando yo estaba con él. Imaginé que había venido de Italia con un visado para trabajar aquí de forma temporal.

—Esa es otra razón por la que te es tan difícil olvidarlo. Es una historia inacabada. Fue una pena que tuviera que regresar a Italia. Si no lo hubiera hecho, habrías tenido tiempo para darte cuenta de que, en realidad, no era tan fantástico como tú pensabas. Seguro que ahora es un tipo calvo y gordo.

—Sólo han pasado diez años, Kerry, no treinta. Además, Gino nunca habría engordado. Siempre estaba haciendo deporte. Trabajaba en la construcción durante el día e iba a un gimnasio por las noches. Fue él quien me inició en el deporte.

—¿En qué trabajaba?

—Era un obrero.

—¿Un obrero? —preguntó Kerry incrédula—. ¿Prefieres un obrero a Chad Stedley?

—Gino era muy inteligente y muy buen cocinero —dijo Jordan defendiéndole.

—Pues mejor para él. Cásate con Chad y podrás contratar al mejor chef de la ciudad sólo para ti. Mira, me da igual si ese Gino era Einstein y Casanova en uno solo. ¡Tienes que reaccionar! No puedes permitir que una vieja historia como ésa estropee tu futuro. Y tu futuro es ser la señora Stedley. Si quieres mi consejo, llama a Chad tan

pronto como puedas, dile que lo has pensado y que tu respuesta es sí, sí y tres veces sí.

—Ojalá fuera tan fácil —dijo Jordan melancólica.

—Es muy fácil.

Jordan reflexionó. A pesar de lo que pudiera haber sentido por Gino, Kerry tenía razón: aquella historia era agua pasada. Dejar que los recuerdos se interpusieran en su historia con Chad era una estupidez. Y ella podía ser muchas cosas, pero no estúpida.

—Tienes razón —dijo con firmeza—. Estoy siendo una tonta.

Se sintió mucho mejor en el acto. Era cierto lo que había leído en algún sitio. Tomar una decisión era siempre mejor que no tomar ninguna.

—Gracias a Dios. La chica ha visto al fin la luz. Mira, la gente empieza a irse y hoy no me toca quedarme a recoger. ¿Por qué no nos vamos a celebrarlo por ahí?

—No voy muy bien vestida —dijo Jordan.

—Y que lo digas, cariño. La próxima vez iremos de compras juntas. Y no quiero oír más eso de que eres abogada y tienes que ir muy formal. Sólo son excusas. De momento, con que te sueltes el pelo y te desabroches un par de botones de la blusa podría valer. Cuando lleguemos, te arreglas un poco en los servicios.

—¿Cuando lleguemos adonde?

—¿Qué te parece el Rendezvous Bar? Está mucho mejor desde que lo reformaron.

—He oído que ahora tiene reputación de ser un lugar de citas —dijo Jordan.

—Sí, lo sé —dijo Kerry guiñándole un ojo.

—Eres incorregible.

—¡Qué va! Sólo estoy desesperada.

—¡Venga, mujer! ¿Cómo va a estar desesperada una mujer tan atractiva como tú?

—Te adoro. Haces que me sienta tan bien…. ¿Qué te parece si vamos de compras mañana?

—No puedo, tengo que trabajar.

—¿En sábado?

—Todo el fin de semana.

Aún no había terminado de preparar el caso Johnson. O, al menos, no como a ella le gustaba.

—Trabajas demasiado, estás convirtiéndote en una aburrida.

—Pues por eso he accedido a tomarme esa copa contigo. Así que deja de agobiarme y vámonos por ahí —dijo Jordan tomando del brazo a su amiga.

Capítulo 3

Gino colgó el teléfono sorprendido por las noticias que acababa de darle el investigador Cliff Hanson.

Al parecer, Jordan había salido de la oficina alrededor de las seis menos diez acompañada de otra mujer en dirección a la estación Wynyard. El agente que las seguía había supuesto que Jordan tomaría el tren hacia su casa pero, en lugar de eso, las dos mujeres habían entrado en el hotel Regency y allí estaban en ese mismo momento, tomando una copa en el bar del hotel.

Lo sorprendente era que el Regency era el hotel donde estaba alojado Gino. Por segunda vez aquel día, el destino había puesto a Jordan en su camino. Pero, en esa ocasión, él estaba sobre aviso. Gino le había pedido a Hanson que su agente se mantuviera alerta junto a la puerta y vigilara a Jordan hasta que él pudiera bajar al vestíbulo.

La adrenalina corría por sus venas mientras tomaba su cartera de la mesilla y la guardaba en un bolsillo de su chaqueta. ¿Cómo reaccionaría al verlo después de tantos años? Era imposible predecirlo. Jordan lo había amado con locura y él le había hecho mucho daño. No era una chica que perdonara ni olvidara fácilmente. Lo único que tenía a su favor era que habían pasado diez años, suficiente tiempo para curar el resentimiento de cualquier corazón roto.

Gino dejó de pensar en ello. Afrontaría la situación en su momento. Nada, ni siquiera aquellas dudas, iba a impedirle bajar y hablar con ella. Cerró la puerta tras él y se dirigió al ascensor.

Se sintió afortunado por haber tenido tiempo para ducharse y quitarse el traje italiano de hombre de negocios que había llevado durante el día. Las ropas de calle que se había puesto representaban mejor al Gino que Jordan había conocido que al Gino en que se había convertido.

«¿En qué me he convertido exactamente?», se preguntaba mientras bajaba en el ascensor. En alguien que había olvidado cómo disfrutar de la vida, siempre agobiado por las responsabilidades. En un hombre que iba a pedir en matrimonio a una mujer a la que no amaba. Todo porque era italiana. Si no se lo hubiera prometido a su padre en su lecho de muerte.

Pero ahora ya era tarde, no había marcha atrás.

Tenía que tranquilizarse. Al fin y al cabo, todo cuanto había compartido con Jordan se había perdido. En cierto sentido, nunca había sido real, sólo una fantasía. Un mundo de colores que había desaparecido con aquella llamada que le anunciaba la enfermedad de su padre. Lo único que pervivía era el sentimiento de culpabilidad. Eso y las ruinas de los placeres perdidos. Aquella noche haría frente a su culpabilidad con la esperanza de que sus fantasmas hallaran descanso.

Salió del ascensor y se dirigió al bar del hotel.

El local era muy grande, con el suelo cubierto de una moqueta azul oscuro, bolas con luces de colores girando en el techo y una barra en la parte central. Había mesas distribuidas por todas partes, aunque la mayoría de la gente estaba sentada al fondo, cerca de una orquesta que tocaba música *soul*. El resto tomaba algo en la zona de no fumadores, cerca de la puerta.

Gino localizó al agente de la agencia de detectives enseguida, un tipo de unos treinta años que habría pasado inadvertido en cualquier parte.

—Está sentada allí —dijo señalando una mesa que se hallaba junto a la pista de baile.

Gino se sentó a la mesa del agente. Observando a través del humo que rodeaba a aquella mujer que una vez lo había sido todo para él, se dio cuenta de que probablemente nunca la habría reconocido de haberse cruzado con ella. Había cambiado de aspecto. Su maravilloso cabello rubio estaba ahora recogido atrás y peinado con un estilo muy formal. Y aquellos pantalones tan masculinos… ¿Qué había sucedido con la chica femenina y sensual que él había conocido? Estaba más delgada y su rostro se había vuelto mucho más afilado. Seguía siendo hermosa. Hermosa pero triste.

—Muchas gracias, puede irse a casa —dijo Gino al agente.

—¿Está seguro?

—Del todo.

El agente apuró su cerveza y se fue.

Gino se quedó allí un rato sentado, observándola. Jordan no dejaba de mirar a una pelirroja vestida de rojo que bailaba pegada a un tipo alto y atractivo.

Tenía que ser la compañera de trabajo de la que le habían hablado.

Cuando la orquesta dejó de tocar, la pelirroja regresó a la mesa junto con su compañero de baile. Habló unos instantes con Jordan y abandonó la sala agarrada del brazo de aquel hombre.

Jordan empezó a beber la copa de vino que tenía frente a ella con rapidez. Gino dedujo que estaba a punto de marcharse y supo que había llegado el momento.

La distancia entre su mesa y la de ella parecía infinita, parecía crecer a cada paso que daba. Estaba a punto de llegar cuando Jordan dejó en la mesa su copa de vino vacía y se giró para tomar el bolso que tenía colgado en la silla, dándole la espalda.

—Hola, Jordan —dijo Gino hecho un manojo de nervios.

Ella se volvió.

—¡Dios mío! ¡Gino! —exclamó Jordan mirándolo con sus brillantes ojos azules llenos de sorpresa.

Estaba paralizada, sin poder reaccionar, pero no parecía

disgustada. Ni enfadada.

—Sí, soy yo, Gino —dijo sonriendo cálidamente—. ¿Puedo sentarme contigo o estás con alguien?

—Sí. No. No, no estoy… yo… —titubeó ella.

Estaba tan sorprendida que no le salían las palabras.

—¡Apenas tienes acento italiano! —exclamó Jordan.

«Sigue tan observadora como antes», pensó Gino mientras se sentaba a la mesa.

Cuando la conoció, Gino acababa de terminar el cuarto curso en la Universidad de Roma y tenía un fuerte acento italiano.

Aquella conversación iba a ser más difícil de lo que había imaginado. ¿Cómo iba a responder a aquel comentario sin revelar cómo le había mentido entonces? No tenía otra opción que volver a mentir.

—Llevo ya algún tiempo viviendo en Australia.

—¿Por qué no has venido nunca a verme? —dijo Jordan mirándole fijamente.

—No pensé que quisieras —dijo Gino—. Además, supuse que te habrías cambiado de casa.

—Y lo hice —dijo Jordan inclinando la cabeza hacia él.

—¿Conseguiste ser abogada? —preguntó Gino fingiendo que no lo sabía.

—Sí —respondió.

—Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

—Mi madre murió hace unos años, de cáncer.

Eso explicaba aquella mirada triste y solitaria.

—Era una mujer maravillosa, lo siento mucho.

—A ella también le caías bien.

Jordan apartó la mirada suspirando por un instante.

—¿A qué te dedicas ahora? —preguntó ella.

—Sigo en el negocio de la construcción —respondió odiándose a sí mismo por todas aquellas mentiras.

Pero… ¿qué otra cosa podía hacer? De todas formas, aquello no llevaba a ninguna parte. Sólo era una historia acabada.

Aunque cuanto más miraba aquellos intensos ojos azules, menos parecía una historia acabada. Se sentía igual que la primera vez que la vio. La tentación de intentar avivar de nuevo aquel amor era muy grande. Y allí estaba él, intentando indagar en la vida privada de Jordan. No estaba casada, pero eso no significaba que no tuviera un amante o viviera con alguien.

—Veo que no te has casado —dijo Gino indicándole que no llevaba anillo en la mano izquierda.

—No —respondió ella vacilante.

Gino se preguntó por qué dudaba. ¿Había estado casada? ¿Se había

divorciado?

—¿Y tú? —preguntó ella con ojos expectantes.

—Tal vez lo haga un día de éstos —respondió encogiéndose de hombros.

—Siempre decías que no te casarías hasta los cuarenta.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Qué estás haciendo aquí sola? —preguntó Gino cambiando de conversación.

—He venido con una compañera del trabajo, pero se ha encontrado con un antiguo novio y se han ido a cenar por ahí. Acaban de marcharse.

—¿No te ha molestado?

—¿Por qué tendría que haberme molestado? Sólo vinimos a tomarnos una copa. De todas formas, ya es hora de irse a casa.

—¿Tan pronto? ¿Te espera alguien? ¿Algún novio?

—Ésa es una pregunta muy personal, Gino. Prefiero no contestarla —dijo fríamente.

—¿Por qué no?

—¿Te encuentras conmigo por casualidad después de diez años y crees que tienes derecho a preguntarme sobre mi vida personal? —preguntó Jordan molesta—. Si estás tan interesado en mí, ¿por qué no me buscaste cuando regresaste a Australia?

—Vivo en Melbourne —dijo Gino encontrando una excusa.

—¿Y qué? Está aquí al lado.

—¿Estás segura de que habrías querido verme? Dime la verdad, Jordan.

Ella enrojeció. Sí, le habría encantado.

—Podrías haberme escrito, sabías mi dirección —dijo contrariada —. En cambio, yo no sabía nada, sólo que estabas en Italia.

—Pensé que lo mejor era dejar de vernos de golpe, que fueras libre para estar con alguien… más conveniente.

—Entonces, ¿fuiste tan cruel por mi bien?

—Algo parecido.

Observando el enfado reflejado en sus ojos, Gino recordó lo firme que ella se había mostrado siempre cuando intuía que alguien le estaba mintiendo. Él le había ocultado su vida durante todos aquellos años. Pero en realidad, después de tanto tiempo, lo que ella pudiera pensar de él era lo de menos. Lo importante era saber si ella era feliz o no.

Sus ojos demostraban que tenía problemas. Parecía cansada, estresada y frustrada. Si estaba saliendo con alguien, desde luego no la estaba haciendo muy feliz.

—Entonces, ¿no hay nadie especial en tu vida ahora mismo? —

preguntó Gino.

Jordan apartó la mirada durante un instante.

—No, no hay nadie ahora mismo. Mira, yo…

—¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó Gino antes de que ella pudiera terminar.

La orquesta había empezado a tocar un *blues* lento y sensual.

Jordan le miró con temor. El temor del que tiene vértigo y debe caminar por el borde de un precipicio. Creía que Gino estaba intentando ligar con ella. Pero no era así. Sólo pretendía que se relajara para conseguir que Jordan le hablara de su vida.

Él recordó lo bien que ella bailaba, tan bien como él. Durante el tiempo que estuvieron juntos les gustaba mucho salir a bailar.

—Venga, por los viejos tiempos —dijo él levantándose y tendiéndole la mano.

Jordan la miró con temor, como si fuera una víbora a punto de atacarla. Pero se levantó. Se quitó el abrigo, lo dejó en la silla cubriendo el bolso, y le dio la mano.

Qué suave era, pensó Gino mientras se adentraba con ella en la pista de baile. Suave y blanca, con los dedos estilizados y las uñas exquisitamente pintadas. Siempre había sentido debilidad por pintarse las uñas, las de las manos y las de los pies. Adoraba el rojo, pero tenía frasquitos de todas las formas y colores imaginables. Aquella noche las llevaba pintadas de un color crema a juego con su blusa.

Ahora que se había quitado el abrigo, Gino pudo observar que, a pesar de estar tan delgada, seguía teniendo un cuerpo impresionante: sus pechos seguían estando erguidos, su cintura más delgada que nunca y sus abdominales atléticos. La madre de Gino habría dicho que no tenía las caderas llenas de curvas como las muchachas italianas, pero él siempre la había encontrado muy atractiva. Le encantaban sus largas piernas, sus cabellos rubios y su suave piel blanca. Desnuda parecía un ángel.

—Ponme los brazos alrededor del cuello —le pidió Gino.

—Sigues siendo tan dominante como antes —replico ella aunque hizo exactamente lo que le había pedido, hundiendo sus manos bajo la solapa de su chaqueta y rozando su cuello con las yemas de los dedos.

Al contacto de sus dedos, Gino sintió que el deseo empezaba a ascender por su piel.

Tomándola por las caderas, empezó a moverse al ritmo de la música tratando de mantenerse a una distancia prudencial. No le era nada fácil.

—No eres un producto de mi imaginación, ¿verdad? Dime que eres real —dijo ella de pronto.

—Estoy aquí, soy real —respondió.

—Y no estás gordo —murmuró Jordan.

—¿Por qué tendría que estarlo? —preguntó él intentando no reírse.

—Muchos hombres, al llegar a los treinta, empiezan a engordar. Cuántos tienes ya, ¿treinta y cinco?

—Treinta y seis. Tú has adelgazado.

—Sólo un poco.

—Sigues siendo preciosa.

—No, Gino, por favor —dijo ella con una sombra de reproche en sus ojos.

—¿No qué?

—No me adules.

—Solía gustarte que lo hiciera.

—Solían gustarme tantas cosas…

Cuánto hubiera deseado él que ella no hubiera dicho eso. Sus palabras agitaban un pasado que prefería no recordar, despertaban algo en su interior que era incapaz de controlar. Y él sabía qué era: a pesar de los años, a pesar de todo, aún la deseaba. Deseaba subir con ella a su habitación en ese mismo momento, soltarle el pelo y tenerla junto a él, igual que diez años atrás.

Recordó entonces que, cuando la conoció, ella era virgen. Pero no se había dado cuenta, no hasta que fue demasiado tarde. Era muy inocente, pero su pasión lo compensaba con creces.

Aquella pasión aún pervivía, podía reconocerla en sus claros ojos azules y sus mejillas enrojecidas.

—Algunas cosas no cambian nunca —susurró él.

—Todo cambia, Gino.

—¿Estás segura? —dijo atrayéndola hacia él con las manos en su espalda.

Capítulo 4

Jordan intentaba alejarse de él, pero era imposible. Su cuerpo se movía al son de la música junto al suyo sin poder escapar. Era tan atractivo…

Recordó la primera vez que él le hizo el amor. Mejor dicho, que lo intentó. Nunca había podido olvidar la cara que puso cuando descubrió que era virgen. Ella le había suplicado que no parase, y aunque de sus labios escapaban gritos de dolor, él continuó.

Cuando terminaron, ella sólo deseaba volver a hacerlo. Se bañaron juntos mientras él acariciaba su cuerpo bañado por el agua caliente. Luego la secó y la llevó de nuevo a la cama, donde volvió a hacerle el amor una y otra vez hasta que ella cayó en un profundo sueño. Le dio tiempo para recuperarse hasta la mañana siguiente. Cuando se despertaron, Gino empezó de nuevo y el cuerpo de ella lo acogió como si hubiera estado aguardándolo durante mucho tiempo.

Ahora, sintiendo su cuerpo junto al suyo, recordó cómo era tener a Gino dentro de ella.

Jordan bajó la cabeza para ocultar su rostro encendido por aquellos recuerdos.

—Estoy alojado en este hotel —susurró Gino rozando su pelo con los labios—. Todo el fin de semana.

—¿Aquí? —preguntó sorprendida.

—Es el destino.

—No creo en el destino —dijo Jordan.

—¿Y qué dirías si te propusiera que subieras conmigo ahora a mi habitación?

Jordan se quedó boquiabierta. ¡Qué arrogante y presuntuoso era!

Pero aquel deseo tan intenso… Se moría por sus profundos ojos negros, le recordaban su virilidad y su extraordinaria pasión sexual. Durante la época en que vivieron juntos, no existía para Gino nada más importante que hacer el amor con ella. Nunca se cansaba de ella. Nunca era el primero en dormirse, era siempre ella la que caía exhausta.

—¿Para qué? —preguntó Jordan de forma despectiva a pesar de desearlo tanto como él—. ¿Una noche de pasión por los viejos tiempos? Deberías saber que no me atraen las citas de una sola noche.

—Lo recuerdo todo sobre ti —dijo Gino con voz emocionada y seductora—. No pretendo pasar sólo una noche contigo. Quiero pasar todo el fin de semana a tu lado. Deseo hablarte, explicarte por qué durante todos estos años no regresé contigo.

—¿Querías regresar conmigo? —preguntó ella con el corazón golpeándole las costillas.

—Por supuesto. Te amaba. Nunca tengas dudas sobre eso.

Las últimas defensas que le quedaban en pie a Jordan se derrumbaron en ese momento.

—No me malinterpretes. No quiero hablar de nada esta noche. Esta noche es nuestra, Jordan. Tú y yo juntos otra vez, como entonces. Por favor, no me digas que no. Di sí. Sí, Gino. Como te enseñé a decir hace tantos años.

Jordan sentía que la cabeza le daba vueltas. Gino conseguía de ella algo que ningún otro hombre había podido, hacer que ella le obedeciera ciegamente. Pero no como una esclava, sino haciendo que ella deseara lo mismo que él. Había disfrutado siendo su chica, de su carácter posesivo y protector. Con él, siempre se había sentido segura, a salvo y amada.

Creyó morir cuando él la dejó. Aquel año suspendió todos los exámenes y tuvo que repetir. No volvió a tener ningún novio durante el tiempo que estuvo en la universidad. Después, cuando empezó a salir de nuevo, lo hizo con hombres dulces, amables, pero débiles, hombres a los que pudiera dominar y dejar si la cosa se ponía demasiado seria. No deseaba casarse con ninguno de ellos: no los amaba.

Hasta que Chad apareció en su vida y la cautivó con su sonrisa, su carisma y su inteligencia. Incluso el sexo era bastante bueno con él. Creía que lo amaba, hasta que hacía unos días él la había pedido en matrimonio y ella había empezado a imaginarse una vida entera durmiendo a su lado. Porque, para ser sinceros, había algo de impostura en la forma de hacer el amor de Chad, como si hubiera leído un libro sobre sexo y estuviera siguiéndolo paso a paso. A veces, ella exageraba los orgasmos para que él lo advirtiera. Gino no se lo preguntó nunca. No le hacía falta.

Jordan tembló sólo de pensar en todos los orgasmos que tendría si subiera con él a su habitación.

—Vamos, ven —dijo Gino.

Gino la tomó de la mano y empezó a guiarla hacia la puerta.

—¡Espera! ¡Mis cosas! —exclamó Jordan señalando la mesa donde había dejado el bolso y el abrigo.

—¿Por qué llevas esa ropa tan sosa? —dijo Gino mientras ella se ponía el abrigo.

Jordan observó a Gino. Llevaba pantalones negros ajustados, camiseta blanca de manga corta y una chaqueta de cuero negra. Una ropa muy típica de él. Le gustaba dar una imagen muy masculina de sí mismo.

—Por mi trabajo. Las abogadas tenemos que llevar este tipo de ropa —dijo Jordan.

«Especialmente, las mujeres como yo», pensó Jordan. El mundo jurídico seguía siendo un territorio masculino, por mucho que a las

feministas les gustara pensar lo contrario. Incluso cuando el cliente era una mujer, prefería a un hombre.

—Te quedan mejor los vestidos. O, al menos, una falda. Nunca deberías llevar pantalones —dijo llevándola hacia la puerta.

Su cuerpo recordó con avidez aquellos días remotos en que vivía con Gino y él le prohibió llevar ropa interior en casa. Al principio ella se negó. Pero, como siempre, acabó por convencerla. Llegó a acostumbrarse tanto que incluso salía a la calle sin ella. Por eso siempre llevaba falda.

Cuando salieron del bar, una corriente de aire frío consiguió templar la intensa excitación que sentía Jordan. Respiraba profundamente, tratando de calmarse, mientras él se apresuraba a través del vestíbulo del hotel.

«No debo dejarme llevar por esta excitación», pensó Jordan. Subir con él a su habitación era una decisión que debía tomar fríamente.

Pero era imposible. Completamente imposible.

No dejaba de pensar que tal vez Gino se hubiera convertido en un mujeriego, que para él aquélla era una más de sus conquistas. Pero, por otra parte, parecía sincero. Sincero y apasionado. Además, Jordan quería que le respondiera a todas las preguntas que la habían atormentado durante todos aquellos años. Gino acababa de prometerle que le contaría todo por la mañana.

¿Qué iba a hacer? ¿Estaba dispuesta a subir a su habitación sólo diez minutos después de haberse encontrado con él? Nunca había imaginado que alguien pudiera seducirla con tanta rapidez, ni siquiera Gino. Pero él era todo lo que ella añoraba, todo lo que era capaz de recordar. Y ahora estaba allí, más atractivo, más maduro y más seductor que nunca. Y la había seducido del todo.

En ese momento, Jordan se dio cuenta de que si lo hacía, si subía a su habitación, sería el final de su historia con Chad. Había tenido una oportunidad de olvidar a Gino durante todos aquellos años. Ahora, si seguía adelante, sería imposible para siempre.

Por otra parte, ¿y si lo intentaran de nuevo? ¿Podían volver a retomarlo donde lo dejaron?

—¿Qué te ha traído por Sidney? —preguntó Jordan esforzándose por caminar tan rápido como él—. ¿Cómo es que te alojas aquí? Es un hotel carísimo.

—No hagas tantas preguntas. No es momento para hablar —respondió impaciente—. Mañana habrá tiempo de sobra.

Iba a responderle, pero se calló. A ella tampoco le apetecía hablar. El problema era que el silencio la incitaba a seguir pensando. Y no quería hacerlo. Quería dejar de dudar, de preocuparse. Si Kerry puniera verla, seguro que le diría que estaba mal de la cabeza.

Al llegar a los ascensores, Gino la empujó con rasión dentro del

único que estaba vacío. Introdujo su llave y pulsó el botón del décimo piso.

—¡No puedo esperar más! —dijo Gino besándola.

¿Por qué los besos de un hombre nunca se parecían a los de otro? Durante mucho tiempo, Jordan había tratado de averiguar por qué nunca había sentido con nadie lo que sentía cuando Gino la besaba. Ahora lo sabía. No era una cuestión de técnica, o de la sensualidad de su boca: era la pasión que él ponía detrás de cada uno de sus besos, acompañándolos del movimiento sensual de todo su cuerpo.

—Nunca debería haberte dejado. ¡Nunca! —dijo él dejando de besarla por un instante.

Jordan estaba jadeando cuando las puertas del ascensor se abrieron. Dos parejas les miraban desde fuera esperando que salieran para poder entrar.

Al salir, Jordan se avergonzó al verse reflejada en un espejo situado junto al ascensor: tenía un aspecto desastroso, el carmín de los labios corrido, el cabello despeinado, los ojos dilatados y el rostro desencajado de pasión.

Gino la tomó de la mano y la guió por un pasillo hasta detenerse frente a la puerta de la habitación 107. Al inclinarse para sacar la llave y abrir la puerta, Jordan observó que nunca había llevado el pelo tan corto como lo llevaba ahora. ¿Seguiría siendo un obrero de la construcción o habría ascendido?

Al entrar en la habitación delante de él, Jordan pensó que quizás tuviera una novia esperándolo en Melbourne. Los hombres como él no aguantaban mucho tiempo solos.

Aunque la idea la ponía celosa, no quería permitir que nada le estropeara ese instante. De momento, sabía que no estaba casado y que la deseaba. Y ella le deseaba a él.

«¿Sigo estando enamorada de él?», pensó oyendo el golpe de la puerta al cerrarse. Hacía tiempo que ya no era una adolescente romántica. Aquellos diez años sin él le habían demostrado lo difícil que era enamorarse de verdad.

De pronto, sintió los brazos de Gino sujetándola por los hombros, atrayéndola hacia él, y se dio cuenta de que no le importaba si él la amaba o no. Ya no era posible volverse atrás. Deseaba volver a estar con él. Al menos por esa noche. Durante todo el fin de semana.

Una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo cuando él la ayudó a quitarse el abrigo.

—¿Necesitas ir al baño? —le susurró Gino al oído.

—No.

Gino apartó a un lado el abrigo de Jordan y, volviéndola hacia él, empezó a desabotonarle la blusa. Jordan cerró los ojos sintiendo que sus pezones se endurecían, presionando contra el sujetador.

—Abre los ojos —le ordenó Gino.

Jordan le obedeció.

—Mátenlos abiertos, quiero que veas que soy yo quien te está haciendo el amor.

—Sabría que eres tú con los ojos cerrados.

—¿No me has olvidado, verdad? —preguntó Gino sonriendo.

—Recuerdo hasta el más mínimo detalle de ti.

Gino sentía el deseo ascendiendo por su cuerpo mientras le quitaba la blusa y el sujetador.

—Entonces recordarás que no siempre soy un amante paciente —dijo Gino mirándola con los ojos encendidos.

A veces, cuando él regresaba a casa del trabajo, entraba por la puerta, le quitaba la falda y le hacía el amor apasionadamente mientras le decía cuánto la había deseado durante todo el día. Sus palabras la excitaban tanto como sus actos.

—No deberías esconder tu cuerpo bajo esta ropa —dijo Gino desabrochándole los pantalones y bajándoselos.

Ella se los quitó, quedándose delante de él sólo con sus bragas color crema, unas medias beige y los zapatos.

—¡Horrible! —exclamó Gino con un gesto de desagrado—. ¡Quítatelo! ¡Quítatelo todo!

Jordan le habría obedecido en el acto, pero entonces él empezó a desvestirse, se quitó la chaqueta de cuero negra y la camiseta blanca de manga corta que llevaba debajo. Se quedó paralizada al ver su pecho, incapaz de apartar los ojos del cuerpo de él. Estaba incluso más atractivo que diez años atrás.

—¿Quieres que lo haga por ti? —preguntó Gino quitándose los pantalones y los calzoncillos.

—¿Qué? —preguntó Jordan.

Gino se sentó en el borde de la cama, se quitó los zapatos y los calcetines. Ahora estaba completamente desnudo.

—Estás muy delgada —dijo Gino observándola con sus ojos negros mientras permanecía desnudo delante de ella.

—Tú también —replicó Jordan tratando de encontrar la fuerza suficiente para poder combatir la debilidad que la estaba invadiendo —. Y tienes el pelo más corto.

—Tú no, ¿verdad?

—No.

—Pues suéltatelo.

Ella se quedó impasible, no quería obedecerle como había hecho siempre.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Jordan se llevó las manos a la nuca y se quitó las horquillas. El pelo cayó suavemente sobre sus hombros.

—Ahora ven aquí —dijo Gino abriendo las piernas, mostrándole las partes secretas de su cuerpo que ella parecía resistirse a mirar.

Jordan se estremeció. ¿Qué pretendía?

—Pon el pie derecho aquí —dijo Gino posando la palma de su mano sobre la cama.

Jordan se acercó a él e hizo lo que le había dicho.

Gino le quitó el zapato y lo tiró a un lado, deslizando la media por su pierna, acariciándole los gemelos con las yemas de los dedos, los tobillos y los pies.

—Mmm, las uñas de las manos pintadas de color crema y las de los pies de rojo escarlata. ¿Conocen tus compañeros de trabajo tu verdadera personalidad? —preguntó Gino pidiendo a Jordan que le diera la otra pierna.

—¿Y cuál es mi verdadera personalidad? —preguntó ella apoyando la otra pierna sobre la cama.

—Eres una exhibicionista oculta. Y una hedonista —dijo Gino.

La excitación de Jordan aumentó cuando Gino tomó el pie de ella y lo presionó contra el cuerpo de él.

—Acaríciame con el pie.

Jordan empezó a hacerlo dejando escapar un suspiro de placer.

—¿Lo ves? —dijo Gino tomando el tobillo y devolviendo su pierna al suelo.

Jordan era ya incapaz de ver nada, de decir nada. La realidad se había esfumado. Había entrado en un mundo apasionado y erótico donde sólo importaba el placer y el deseo. Un mundo que no tenía límites.

—Acércate —ordenó él.

Al hacerlo, Gino la atrajo hacia él, le bajó las bragas hasta los tobillos y se inclinó para besar el abdomen de ella.

La piel de Jordan se erizó al contacto con los labios de él mientras ella le acariciaba el pelo. Jordan empezó a temblar cuando él le pasó la lengua por el ombligo, después a suspirar cuando él empezó a recorrer sus piernas con sus suaves manos, hasta que Gino introdujo sus dedos dentro de ella y Jordan empezó a gemir.

—Espera un momento —dijo Gino incorporándose mientras seguía explorando su cuerpo con los dedos.

—¡Oh! ¡Dios! ¡Gino! ¡No! ¡Por favor!

—¿Quién es la impaciente ahora? Me encanta —dijo Gino observando la cara excitada y desesperada de Jordan—. Quieres que esté dentro de ti ahora mismo, ¿verdad? Dime cuánto lo deseas. Dímelo.

—¡No me tortures así! —suplicó Jordan.

—Me gusta hacerlo. Me gusta verte así de desesperada por mí.

—Deja de hablar y hazlo ya, por favor —volvió a suplicar Jordan

—. ¡Hazlo!

Antes de que pudiera darse cuenta se encontraba tendida bocarriba en la cama. Gino tomó los tobillos de ella, los puso sobre los hombros de él y la penetró.

—¿Es esto lo que querías? —murmuró Gino—. ¿Es esto?

—¡Sí! —gritó Jordan— ¡Sí!

Su cuerpo empezó a temblar, a agitarse, y con él moviéndose dentro de ella explotó en un orgasmo que pareció transportarla a un lugar muy lejano donde nunca había estado.

Se oyó a sí misma gritar mientras se abandonaba a aquella increíble sensación, a aquel temblor de su cuerpo que parecía estar deshaciéndola.

Poco tiempo después, con sus cuerpos tumbados sobre la cama y la habitación en completo silencio, Jordan se irguió repentinamente al darse cuenta de que no habían usado preservativo. Tomaba la píldora, pero ¿cómo había sido ella, siempre tan responsable, capaz de olvidar algo tan importante?

—Gino —dijo Jordan, apoyándose contra los hombros de él.

—Sí, ha sido maravilloso.

—No, no es eso. Es sólo que… no hemos usado preservativo.

Gino se incorporó y la miró fijamente.

—¿Quieres decir que es posible que te haya dejado embarazada?

—No, no, tomo la píldora.

—Entonces no debes preocuparte de nada más, te lo prometo —dijo Gino intentando calmar el miedo que pudiera tener ella a que le hubiera transmitido alguna enfermedad—. Oye, tengo hambre, ¿tú no? —preguntó.

—Sí, estoy hambrienta —reconoció Jordan.

—El menú del servicio de habitaciones está ahí, en la mesa, en esa carpeta de cuero, échale un vistazo mientras preparo un baño para los dos.

—Espera, necesito entrar yo antes.

—¿Y cuál es el problema? ¿No podemos entrar juntos? ¿Tienes miedo de que te vea?

Jordan pensó en Chad, en que nunca habría entrado en el baño con él dentro. Gino y ella, en cambio, nunca se habían ocultado nada el uno al otro cuando vivían juntos. Pero ya no era así, ahora vivía sola, sin depender de nadie, había aprendido a valorar mucho su intimidad.

—Gino, preferiría entrar yo sola.

—Como quieras —dijo Gino sorprendido.

Jordan se apresuró a entrar, sintiéndose un poco tonta. Había dejado que la desnudara, había hecho el amor con él, había tenido un orgasmo con él, y ahora volvía a sentirse tímida y distante. Era como si, después de todo, no pudieran volver al lugar donde lo dejaron.

Aquellos diez años no habían pasado en balde. No sabía si él había cambiado, pero ella sí.

Gino la estaba esperando desnudo cuando ella salió del baño. Jordan se había puesto un albornoz.

—Ya puedes entrar —dijo sin mirarle.

Gino entró al baño.

Jordan buscó con la mirada el menú del servicio de habitaciones. Lo encontró justo donde él había dicho. Al acercarse, sin apenas darse cuenta, Jordan advirtió que junto a él, en el escritorio, había un billete de avión. Jordan lo miró un instante con recelo.

Capítulo 5

Por primera vez en muchos años se sentía joven, tranquilo y feliz. Todo gracias a Jordan. Era como si no hubiera pasado el tiempo. Todavía era su chica. En realidad, lo había sido desde la primera vez que la vio.

Ella trabajaba de camarera en un restaurante italiano cerca de la Universidad de Sidney, al otro lado de la carretera donde estaba el edificio en que él trabajaba. Aunque en aquel momento de su vida trataba de evitar cualquier cosa que le trajera a la memoria Italia, el recuerdo de aquellos platos de pasta que tanto le gustaban lo llevó hasta allí una noche. El destino hizo que se sentara a una de las mesas que ella servía. La atracción entre los dos fue instantánea. Y cuando terminó la cena volvió a pedir, ya sin hambre, sólo para poder seguir hablando con aquella preciosa camarera rubia que no dejaba de mirarlo. Ella, respondiendo a sus atenciones, le sirvió el resto de la velada como si no existiera nadie más en el local.

Al tercer café, Jordan le dijo que su compañera de piso iba a abandonar la universidad para regresar a su casa, lo que la dejaba con un problema: pagar el alquiler ella sola. Entonces, Gino, sin dejar escapar la oportunidad, le preguntó si le molestaría que se mudara con ella, ya que, casualmente, él estaba buscando piso. Su mirada debería haberla puesto sobre aviso, haberla demostrado que deseaba ser algo más que su compañero de piso. Pero, al final, Jordan accedió. Gino nunca dejaría de dar las gracias al cielo por haber puesto aquel restaurante en su camino.

El día siguiente lo pasó ansioso y excitado. Por la tarde, llegó al piso de ella con sus cosas y en sólo media hora ya estaba besándola. Se quedó muy sorprendido al saber que Jordan sólo tenía diecinueve años. Pero, luego, cuando empezó a conocerla, fue una bendición.

Era la mujer que siempre había imaginado en sus sueños. Tan joven, tan inocente, que podía dar rienda suelta a todas sus fantasías. Se sentía conmovido por el inmenso amor que ella sentía por él, a pesar de creer que trabajaba como obrero de la construcción. Además, sentía un enorme placer por el ascendente que tenía sobre ella en el plano sexual. ¿Acaso algún hombre no habría sentido lo mismo? Era una mujer increíblemente hermosa, inteligente y con una fortaleza de carácter que le encantaba. Y, cuando estaba en sus brazos, se entregaba totalmente. No de forma pasiva; era demasiado apasionada para ser pasiva.

La pasión que sentía por ella era tan intensa que no podía dejar de tocarla, de dejarse llevar por sus más íntimos deseos. Y ahora, después de tantos años, seguía sintiendo lo mismo. No podía esperar más, quería meterse en la bañera con ella para volver a hacerle el amor.

Un golpe repentino en la puerta hizo que Gino se girara. Bajó la tapa del retrete y la abrió. Jordan, el objeto de su deseo, estaba allí, delante de él, con las manos dentro de los bolsillos del albornoz.

—Sé que acordamos que esperaríamos hasta mañana para hablar de todo esto. Pero eso fue antes de que viera esto —dijo Jordan sacando la mano derecha del albornoz y mostrándole el billete de avión que había tomado del escritorio.

Gino sintió que se le encogía el estómago. Se le había olvidado el billete encima del maldito escritorio.

—Este billete es para mañana por la mañana —dijo ella antes de que él pudiera responderle—. A primera hora. Dijiste que estarías aquí todo el fin de semana.

—Iba a tomar ese vuelo. Pero después de encontrarme contigo cambié de opinión. Iba a llamar para cambiarlo por otro que salga el domingo.

—Me mentiste.

—Sólo manipulé un poco la verdad.

—¿Un poco? —replicó Jordan resentida—. ¿Llamas un poco a darme un nombre falso? Este billete está a nombre del señor Gino Bortelli.

—Jordan, yo…

—¿Ése es tu verdadero nombre? —le interrumpió Jordan—, ¿Bortelli? Cuando te conocí me dijiste que te apellidabas Salieri.

Gino trataba de mantener la calma, pero el pánico empezaba a apoderarse de él.

—Salieri es el apellido de soltera dé mi madre. Lo usé de forma temporal cuando vine a Sidney para pasar desapercibido.

—¿Desapercibido? ¿Qué creías, que la gente te iba a tomar por una estrella del rock o algo así? —presunto Jordan incrédula.

—No, me tomarían como Gino Bortelli.

—No entiendo nada.

—Mi familia es dueña de una gran empresa del sector de la construcción. No quería que me trataran de una forma especial por ser quien era. Acababa de terminar la carrera de ingeniería en la universidad, y….

—¿Eres ingeniero? —dijo Jordan sin dejarle terminar—. Creía que sólo eras un obrero.

—Eso es lo que era cuando te conocí.

—¿Pero por qué? No lo entiendo —dijo Jordan fuera de sí—. Es como si yo dejara mi trabajo como abogada y me pusiera de nuevo a servir mesas.

Gino suspiró. Sus planes para pasar con ella una noche entera de pasión se habían venido abajo. Tomó de la puerta del baño otro albornoz blanco como el de ella y se lo puso.

—¿Podemos ir a la otra habitación? Para contarte todo esto necesito beber algo.

Gino se ató el albornoz y fue hasta el minibar.

—Queda media botella de vino tinto. ¿Quieres?

—No, gracias —respondió Jordan irritada.

—¿Por qué no te sientas? —dijo señalando el sofá situado frente al televisor.

Sin hacerle caso, Jordan fue a la ventana y le dio la espalda cruzando los brazos. Gino se sirvió la copa de vino y bebió un poco antes de mirarla.

—Llevaba tantos años estudiando que estaba agotado. Agotado de que mis padres me presionaran para que llegara a ser el mejor. Me tomé un año de descanso. Estaba cansado de ser sólo el hijo de mi padre. Quería ser yo mismo, ganar dinero por mí mismo, ser independiente. Vivir con sencillez.

Por eso decidí trabajar como obrero, por eso me cambié de nombre, porque no quería que el jefe supiera quién era y empezara a tratarme con favoritismo.

—¿Sois tan importantes que pueden reconocer vuestro apellido incluso aquí en Australia? —preguntó Jordan.

Ése era el momento que Gino tanto había temido. Pero, si quería seguir viendo a Jordan, tenía que ser sincero. Y quería. Lo deseaba.

—Hay algo que no entendiste bien en su momento. Verás: no es cierto que yo viniera a Sidney directamente desde Roma. Cuando terminé la carrera, primero fui a ver a mi familia.

—¿En qué parte de Italia vive tu familia?

—Mi familia no vive en Italia, Jordan. Emigraron aquí, a Melbourne, poco después de nacer yo.

—¿Me estás diciendo que eres australiano? —preguntó Jordan incrédula.

—Tengo la doble nacionalidad.

—¿Por qué me mentiste?

—Ahora desearía no haberlo hecho, pero en aquella época estaba harto de ser italiano. Necesitaba un cambio, necesitaba encontrarme a mí mismo. Entonces te conocí y ya no pude dejar de pensar en ti.

—Hasta que tu familia te pidió que regresaras, ¿verdad? —dijo Jordan secamente—. Entonces no tuviste problema en dejarme tirada.

Gino suspiró con resignación. Jordan no lo entendía, nunca podría llegar a entender lo que significaba ser el único hijo en una familia italiana. Su padre solía decirle: «Gino, si alguna vez me ocurre algo, será tu deber hacerte cargo de la familia, de tu madre, de tus hermanas. Y de los negocios, por supuesto».

—¿Y qué pasa con este fin de semana? ¿Has venido por la misma razón? ¿Estabas cansado y necesitabas un cambio? ¿Vienes a Sidney

buscando sexo cuando te aburres?

—He venido a Sidney por negocios —dijo Gino ofendido—. ¿No te acuerdas de que tengo un billete para regresar mañana a Melbourne?

—Disculpa, con tantas revelaciones se me había olvidado —dijo Jordan irónicamente—. Entonces llegaste, te encontraste conmigo y pensaste «¡vaya!, mi pequeña Jordan, aquel dulce pajarillo que me dejaba hacerle el amor siempre que me apetecía. Apuesto a que le apetecería hacerlo de nuevo, seguro que se creerá todo lo que le diga». Y qué razón tenías, eso es lo que ha pasado.

—¡Para ya! —dijo Gino, disgustado por el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿Parar qué? ¿De decirte la verdad? ¿Es que las mujeres de Melbourne no lo hacen? ¡Ah! No, claro. Allí tú eres el gran jefe, hacen lo que tú quieres, las tienes comiendo en tu mano. ¿Tienes novia? ¿La haces ir también sin ropa interior? ¿Haces el amor con ella tanto como lo hacíamos tú y yo?

Gino empezaba a enfadarse. Había tratado de ser paciente con ella, de explicárselo con calma. Pero no había forma. Ella lo estaba malinterpretando todo, haciendo que todo lo que había habido entre ellos pareciera sórdido.

—¿Qué diablos pasa contigo? ¿Por qué estás intentando estropearlo todo? Mira, lo siento, siento mucho que hace diez años no te dijera la verdad. Pero tenía mis razones. Me sentí fatal dejándote como lo hice. ¡Mi padre se estaba muriendo, maldita sea! Tenía que regresar a casa.

—Si eso es verdad, ¿por qué no regresaste cuando tu padre se murió? Dímelo. Podrías haberlo hecho si hubieras querido. Pero no quisiste, ¿verdad? ¡Vaya amor el que sentías por mí!

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, quiero saberlo.

Todo estaba perdido, pensó Gino. ¿Qué importaba ya decir la verdad?

—No lo hice porque no eras italiana.

Jordan se quedó paralizada, incapaz de hablar.

—Le prometí a mi padre en su lecho de muerte que me casaría con una italiana.

—Debes de estar bromeando —dijo Jordan burlándose.

—Desgraciadamente, no.

Gino siempre supo que, si lo hubiera hecho, si hubiera regresado con Jordan, su amor le habría hecho olvidar su promesa. Habría acabado casándose con ella.

—Y ¿lo hiciste? ¿Te casaste con una italiana? —preguntó Jordan.

—¿Crees que te mentiría sobre algo así?

—Después de todo esto, ya no lo sé. No tengo ni idea. Acabo de

descubrir que el hombre que conocí hace diez años, el hombre con el que viví y al que amé, era un extraño. No era real. Sólo un sueño. De modo que te lo vuelvo a preguntar, ¿estás casado?

—Te lo he dicho y es verdad. No estoy casado.

—Pero tienes novia, ¿verdad?

—Sí. La tengo.

—Entonces no sólo eres un mentiroso, ¡también eres un adúltero!

Gino no podía aguantar más. Nadie se había atrevido a hablarle así en toda su vida.

Entonces, Jordan se quitó el albornoz y lo tiró al suelo, quedándose completamente desnuda. Gino se quedó boquiabierto, observando cada detalle de su cuerpo. Se excitó tanto que, inconscientemente, apretó con furia la copa de vino que tenía en la mano.

—¿Te gusta lo que ves, Gino? —preguntó Jordan provocándole.

Gino no sabía qué pensar. Aunque su comportamiento le excitaba, la Jordan que él había conocido años atrás nunca habría actuado así.

—Mírame bien, porque nunca volverás a verme así —dijo Jordan clavándole los ojos—. Vuelve a casa con tu novia y olvida lo que ha pasado. No te preocupes, estoy segura de que no te sentirás culpable.

No podía estar más equivocada. Nunca podría olvidar aquella noche. La culpabilidad lo acompañaría el resto de su vida. Tendría que romper el enlace con Claudia. Era una chica agradable, pero no la quería. Si no podía casarse con Jordan, no quería casarse con nadie.

Cuando pudo darse cuenta, Jordan ya se había vestido. Estaba exactamente igual que hacía un rato, cuando la encontró en el bar del hotel.

—Nunca pude olvidarte. Nunca. Una amiga mía me dijo que era porque esta historia estaba aún sin terminar. Me dijo que era una lástima que no pudiera volver a verte para darme cuenta de que no eras tan maravilloso como yo te creía, que la imagen que tenía de ti no era real. Tenía razón. No lo era. Reconozco que eres increíble en la cama, sabes cómo hacer que una mujer disfrute. Pero es una pequeña virtud sin importancia en comparación con todo lo demás. Quiero estar con un hombre que sepa lo que quiere y no tenga miedo de luchar por ello. Que tenga fuerzas para afrontar cualquier cosa que se ponga en su camino. Por fin he descubierto que tú no eres ese hombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Aunque tus palabras no hablen claro, tus actos sí lo hacen.

—Estás cometiendo un gran error —dijo mientras Jordan caminaba ya hacia la puerta de la habitación, dándole la espalda.

Jordan la abrió. Entonces, se detuvo un momento y se giró para mirarle una última vez.

—No. Estoy poniendo fin a un gran error. Ahora esta historia sí ha terminado. *Ciao* —dijo ella. Y se fue cerrando la puerta.

Capítulo 6

Jordan consiguió llegar a casa sin derramar una sola lágrima. Su orgullo le impidió echarse a llorar en el hotel, al llegar a la calle y durante todo el trayecto en taxi. Pero cuando estuvo sola, en la seguridad de su hogar, todo se le vino encima. Las piernas empezaron a temblarle y acabó derrumbándose en el suelo. Ni siquiera notó el dolor al golpearse las rodillas. Sólo podía sentir el dolor de su corazón.

—¡Oh, Gino! —dijo tapándose la cara con las manos. Estaba hundida, destrozada. Todas las ilusiones, las esperanzas, todo había desaparecido.

Durante aquellos años, a pesar de darse cuenta de que los recuerdos de su relación con Gino le impedían querer a nadie más, seguía teniendo algo a lo que agarrarse: Gino la había amado. Pero no era así, ahora lo sabía. Sólo la deseaba. Sólo era sexo.

Y por si eso no fuera suficiente, había descubierto que todo lo que le rodeaba era mentira: no era un inmigrante italiano tratando de ganarse la vida para salir adelante. Sólo era un niño de papá que había ido a Sidney para divertirse un poco. Para divertirse con ella.

Y aunque le había dicho que iba a cambiar su vuelo para pasar con ella el fin de semana, en el fondo lo hacía, como siempre, por egoísmo. ¿Cómo iba él a dejar pasar una oportunidad de divertirse como ésa?

Y pensar que si no hubiera encontrado aquel billete de avión se habría salido con la suya, lo habría pasado estupendamente todo el fin de semana y el domingo habría vuelto a Melbourne, al lado de su novia, a su vida real.

¿Qué diablos hacía allí sentada, de rodillas, llorando por un idiota como él?

Secándose las lágrimas, Jordan se levantó y fue al baño. A partir de ese momento, Gino jamás volvería a interponerse en su vida. Nunca más. Cuando Chad la llamara por la mañana, aceptaría su proposición de matrimonio y haría todo lo posible para olvidar a Gino de una vez por todas.

Mientras se desnudaba y se metía en la ducha pensó que todo eso era muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer. Estando allí en la ducha, el recuerdo de la experiencia sexual que acababa de tener con él la llenaba por completo. El simple hecho de pasar la esponja entre sus piernas, lentamente, la excitaba. Cuando vivía con él le pasaba lo mismo. Vivía en un incesante estado de excitación, le deseaba constantemente, tratando de aliviar la tensión sexual que él provocaba en ella.

Como ahora, ahora también intentaba liberarse de aquella pasión.

Jordan tiró la esponja y se inclinó lentamente hasta sentarse dentro

de la bañera mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

Le despertó el timbre del teléfono. Lo oyó desde el sueño profundo en el que había caído la noche anterior gracias a las píldoras para dormir que había tomado, unas muy fuertes que tenía para las noches en que le dolía la cabeza y que siempre le provocaban dolor de cabeza al día siguiente.

—¿Diga? —dijo medio dormida tomando el auricular y colocándolo entre su oído y la almohada.

—¿Jordan? ¿Eres tú?

Era la voz de Chad. Se incorporó de un sobresalto esforzándose por abrir los ojos. Miró el reloj. Era tardísimo. Casi las diez.

—Sí, soy yo. ¿Ya has llegado? —preguntó tratando de aclararse la voz.

—Acabo de llegar. Pensé en llamarte antes de tomar el taxi y meterme en el tráfico de Nueva York. Pareces dormida, ¿no te habré despertado?

—Un poco… Me acosté tarde.

—¿Y eso? ¿Qué hiciste?

Jordan agradeció que Chad no estuviera allí en ese momento para que no viera en qué estado estaba. Se sentía culpable, pero Chad no tenía la suficiente intuición para darse cuenta. Era el tipo de persona que sólo veía lo que quería ver. Creía sin dudarlo que la negativa de Jordan a su proposición de matrimonio sólo era una estrategia de ella para hacerse la dura. Estaba seguro de que acabaría diciendo que sí, incluso le pidió que se quedara el anillo de compromiso, una joya familiar que había pertenecido a su abuela.

—Trabajando —mintió Jordan—. Tengo que tener listo el caso Johnson para el lunes, ¿recuerdas?

—¿No crees que te estás obsesionando un poco con ese caso?

—No. Su cliente era una mujer joven cuyo marido había fallecido por el descarrilamiento de un tren. La pobre mujer se había enterado mientras iba a trabajar, y el shock que le había producido hizo que perdiera el niño del que estaba embarazada. Cuando, años después, el gobierno finalmente le concedió la indemnización, no tuvieron en cuenta la muerte de su bebé y los daños psicológicos que eso le había causado. Dijeron que no era un ser humano, sólo un feto. Había acudido a Jordan no para conseguir más dinero, sino para hacer justicia.

Jordan quería luchar por aquella mujer. Y lo haría si conseguía reunir las fuerzas suficientes para despejarse la cabeza y preparar una argumentación convincente durante el fin de semana.

—Jordan, trabajas demasiado.

—Me apasiona mi trabajo, Chad.

No sólo le apasionaba. Sin él se sentía vacía.

—¿Has pensado en lo que te dije la otra noche?

Se le encogió el corazón, pero sabía que tendría que afrontar ese momento antes o después.

—Sí —dijo.

Había llegado, allí estaba el momento de la verdad. ¿Iba a dejar que Gino y sus recuerdos volvieran a estropearlo todo o iba a seguir la determinación que había tomado? Tenía dos opciones. Seguir aprisionada en una relación que había sido un engaño desde el principio o apostar por otra que tenía todo a su favor.

Bueno, no todo, pero sí todo lo que hacía falta. Al fin y al cabo, el sexo no era lo más importante. Además, tampoco era que Chad fuera en ese aspecto un desastre. El problema estaba en que nunca conseguiría de ella lo que era capaz de conseguir Gino. Sólo él lograba hacerle perder el control. La noche anterior lo había vuelto a comprobar.

Sin embargo, eso sólo ocurría cuando estaba cerca de él. Y ni ahora ni nunca volvería a estarlo. Estaría perdiendo el tiempo si se ataba a un hombre que nunca se casaría con ella.

Había llegado el momento de tomar una decisión.

—Sí, Chad, acepto. Me casaré contigo —dijo Jordan firmemente.

Capítulo 7

Gino estaba en la última planta del rascacielos que estaba construyendo, haciendo equilibrios por una de las vigas, cuando sonó su móvil. Esperó a llegar a un rincón tranquilo y entonces lo tomó.

—Gino Bortelli —respondió sujetándose con el brazo a un poste.

—¿Es cierto lo que he oído? ¿Has cancelado tu boda con Claudia? —gritó la voz italiana de su madre al otro lado del teléfono.

Era sorprendente lo rápidamente que se propagaban los rumores entre los italianos.

—No hay que hacer una montaña de esto, mamá. No era adecuada para mí y yo no era adecuado para ella. Los dos hemos decidido separarnos de mutuo acuerdo.

—Eso no es lo que yo he oído, Gino. Claudia está muy disgustada contigo.

Bueno, habría sido más correcto decir que estaba muy disgustada por no pasar a formar parte de la gran familia Bortelli y disfrutar de todo su dinero. Qué reacción tan inesperada había tenido cuando se lo dijo. De pronto, Claudia se había mostrado tal como era, hablando tan alto y utilizando un lenguaje tan barriobajero que todos los que estaban comiendo en el restaurante se quedaron mirándoles. No había nada bajo aquellas palabras que mostrara un solo resquicio de amor, sólo ambición.

Aquello había sucedido hacía ya dos días, el domingo. En realidad, era raro que su madre hubiera tardado tanto en averiguarlo.

Tal vez debería habérselo dicho él mismo. Pero, cuando regresó a Melbourne, no quiso saber nada de su familia. Por culpa de ellos había tenido que dejar a Jordan. Habían conseguido destruirle emocionalmente. Lo único que les importaba era que se casara y tuviera hijos. Los últimos diez años no había hecho otra cosa más que trabajar, cuidar de su madre, de sus hermanas, anteponiendo cualquier cosa a sus propios deseos.

Estaba harto.

—Mamá, Claudia estaba más enamorada de mi dinero que de mí. Hazme caso —dijo con firmeza—. Mira, ahora estoy trabajando, no puedo seguir hablando.

—Trabajas demasiado, hijo —dijo su madre suspirando—. Deberías descansar más.

—Tal vez lo haga, mamá, pero no hoy.

—Antes de que cuelgues. ¿Has decidido ya qué vas a hacer con aquel viejo edificio de Sidney? ¿Aquél que compró papá hace tantos años?

—Sí, ya está decidido. Voy a construir una torre de veinte plantas. Habrá un centro comercial en la planta baja, oficinas en los diez

primeros pisos y apartamentos en el resto. Firmé el contrato con un arquitecto el viernes.

—Eso está bien, hijo. Papá estará orgulloso.

—¿Cómo puede estar orgulloso si está muerto?

—¡Gino! ¿Cómo eres capaz de decir algo así? Papá está en el cielo, observándonos. Seguro que está muy orgulloso de ti.

Gino negó con la cabeza. Era imposible luchar contra la fe de su madre. Aunque, la verdad, tampoco le importaba.

—Y estaría todavía más orgulloso si te casaras y perpetuaras el apellido Bortelli.

—Sólo tengo treinta y seis años, mamá, tengo toda la vida por delante. Mira, tengo que seguir trabajando.

—¿Vendrás a cenar el próximo domingo?

Su madre organizaba una gran comida con toda la familia el último domingo de cada mes. Gino solía ir. Le gustaba jugar con sus sobrinos. Pero le disuadía pensar que tendría que soportar las preguntas de todo el mundo, intentando saber por qué Claudia no había ido con él.

—Lo siento, mamá, este domingo no puedo. Tengo que ir a Sidney a reunirme con el arquitecto del que te he hablado. Quiere enseñarme un prototipo.

No era verdad, por supuesto. Lo que quería era estar solo, aprovechar para ir a algún sitio y descansar. A esquiar, por ejemplo. En aquella época del año, seguro que las pistas estarían llenas de nieve. Así, al final de cada día, estaría tan cansado que se quedaría dormido con sólo tumbarse en la cama. No había logrado pegar ojo desde que volvió de Sidney, atormentado por las dudas. ¿Y si no le hubiera hecho aquella promesa a su padre? ¿Y si hubiera sido capaz de volver con Jordan sin sentirse un perdedor? ¿Y si le hubiera dicho la verdad aquel viernes antes de haber subido a su habitación del hotel?

Aquella última pregunta era la más fácil de responder: se había sentido demasiado atraído por ella como para arriesgarse a que se fuera después de haberle contado todo.

Ella le habla dicho que nunca le había olvidado. Y Gino la creía. ¿Cómo olvidar aquella época maravillosa llena de amor y de pasión? Tras el deseo sexual, siempre había existido un amor real. Él nunca utilizó a Jordan, la quería de verdad. Y ella a él.

¿Estaba todavía enamorado de ella? ¿Tan enamorado como diez años atrás?

Pero ahora todo había cambiado, los dos habían cambiado. Ella se había vuelto más cínica, más desconfiada. Y el… él estaba atrapado por sus antiguas decepciones.

Daría cualquier cosa por volver a estar junto a ella.

—Deberías pasar más tiempo con tu familia —dijo su madre.

—Tengo que irme, mamá. *Ciao.*

Gino colgó el teléfono recordando la última vez que había oído aquella palabra de despedida. Se la había dicho Jordan mientras salía por la puerta de su habitación y también de su vida.

Gino observó la ciudad que se extendía a sus pies. Estaba en la cima del mundo. Tenía más dinero del que nunca podría gastar, un coche deslumbrante, una casa increíble. Aunque Construcciones Bortelli era ya una empresa conocida cuando él se hizo cargo de ella, desde entonces había conseguido una extraordinaria reputación por su fiabilidad y eficiencia. Su constante dedicación y su habilidad para los negocios habían hecho de la familia Bortelli una familia millonada. Su propio patrimonio era astronómico.

Pero el éxito resultaba inútil cuando no se era feliz. Las acusaciones de Jordan todavía resonaban en su cabeza. Tal vez porque eran ciertas. Había sido un mentiroso y un adúltero. Pero no era un cobarde como ella dijo.

Él sabía lo que quería. A ella.

Sin embargo, ¿para qué intentar persuadirla si ya no quería saber nada de él? No se le ocurría nada para conseguir que ella accediera a quedar con él, salvo, claro, raptarla y retenerla en algún sitio secreto.

Y, aunque en su imaginación la idea no carecía de cierto atractivo, no veía a Jordan como uno de esos rehenes que acababan sintiendo simpatía hacia sus raptores. Cuando se desnudó delante de él y le dijo que nunca más volvería a verla así, hablaba en serio.

Sumido en esos pensamientos, Gino se dirigió hacia el montacargas para bajar a la calle. Para el resto de la gente era la hora de salir, pero no para él. Todavía le quedaba volver a la oficina y cerciorarse de que los engranajes de las empresas Bortelli seguían en funcionamiento.

Media hora después, a punto de dar las cinco, ya estaba sentado frente a la mesa de su escritorio, con un café solo y una montaña de cartas. Fue entonces cuando advirtió, entre ellas, una que su secretaria había etiquetado como *Personal* en el sobre.

«Debe de ser una carta de resentimiento de Claudia», pensó Gino, aunque enseguida desechó aquella opción. Las mujeres como Claudia nunca escribían cartas; enviaban mensajes al móvil o, en todo caso, correos electrónicos.

Gino miró el membrete: era una carta de Stedley & Parkinson. El señor Frank Jones, director de la sede de la compañía en Sydney, les invitaba, a las siete y media de ese sábado por la noche, a él y a su acompañante a una cena de etiqueta en honor de los nuevos clientes de la compañía. Facilitaba una dirección de correo electrónico para enviar la confirmación antes del viernes.

Gino observó la invitación sin poder creerlo. El destino llamaba a

su puerta de nuevo, regalándole una nueva oportunidad con Jordan. Era evidente que la estrella del departamento de demandas civiles tendría que asistir. Y allí se encontraría con él, en el último sitio que ella podría imaginar, como por casualidad. Y lo mejor era que, en realidad, era una casualidad.

No llevaría ninguna acompañante, por supuesto. Y mucho menos a Claudia.

De repente, Gino se preguntó si Adrián habría recibido también la invitación. No era probable, ya que era cliente de Stedley & Parkinson desde hacía tiempo. Pero, a pesar de todo, buscó su número en la agenda de teléfonos y lo marcó.

—Adrián Palmer —respondió su voz al otro lado.

Aunque era uno de los mejores y más jóvenes arquitectos de Australia, Adrián no utilizaba secretaria. Trabajaba siempre desde su piso, un apartamento en uno de los rascacielos del centro de la ciudad.

—Hola, Adrián, soy Gino Bortelli.

—¡Gino! Ahora mismo estaba trabajando en los planos de tu edificio. Te van a encantar.

—Estoy deseando verlos. Oye, te llamaba porque acabo de recibir una invitación de Stedley & Parkinson.

—¿Para una de esas cenas en honor de los nuevos clientes?

—Sí. ¿Has ido alguna vez?

—Por supuesto. Organizan este tipo de eventos aproximadamente una vez al mes. Deberías ir. La comida y la bebida son excelentes.

—Dice que hay que ir de etiqueta. ¿No es demasiado formal para una cena así?

—Debe de ser que la de este mes la ha organizado el señor Stedley en persona, el fundador estadounidense. Fomenta mucho ese tipo de relaciones sociales. Cree firmemente que sirven para motivar a los empleados.

—¿No me digas que va a cruzar medio mundo para venir hasta aquí?

—No, seguramente irá su hijo, Chad Stedley. Está pasando una temporada aquí. Cuando yo fui me sentaron a su lado. Un tipo muy dicharachero. Me contó la historia de su vida por fascículos. Tiene una novia bastante atractiva, una de sus empleadas, Jordan creo que se llama.

El corazón de Gino se detuvo de pronto, incapaz de seguir latiendo. No podía ser. ¿No le había dicho ella misma que no había nadie especial en su vida? ¿Cómo era posible que sólo un mes antes fuera la novia de Chad Stedley?

Sólo había dos respuestas. O bien su relación con Chad había terminado durante aquel mes, opción que no había que desechar dada la facilidad con que se creaban y se destruían relaciones en esos

tiempos, o ella le había mentido cuando se encontraron el viernes anterior, algo que a Gino, conociendo a Jordan, no le parecía posible.

—¿Jordan Gray? —preguntó Gino.

—Sí, exacto, ése era su nombre. ¿La conoces?

—La conocí hace años.

—¿Una antigua novia? —preguntó Adrián notando el afectado tono de la voz de Gino.

—Algo parecido.

—¡Qué pequeño es el mundo! ¿Eh?

—Y que lo digas.

—Sabiendo esto, igual debes plantearte el llevar a la cena a tu novia. Ya sabes cómo son las mujeres.

—No tengo ninguna novia. Pensaba ir solo.

—Entiendo. Yo no albergaría ninguna esperanza respecto a Jordan. Cuando estuve en la cena, el mismo Chad me comentó que se casarían muy pronto.

—¿Casarse? —preguntó Gino de forma exaltada sin poder contenerse.

—Sí. Gino, si eso te molesta, no deberías ir.

Una corriente de ira empezaba a apoderarse de él. No podía creer que Jordan le hubiera mentido. Ya era grave que le hubiera ocultado la existencia de un novio. Pero… ¿y si la verdad era que ella se había divertido con él, se había ido a la cama con él, para luego volver con su prometido? Se veía incapaz de afrontar algo así.

—No, no, en absoluto, no te preocupes. Han pasado muchos años. Simplemente, sería agradable encontrarme con ella y charlar un poco de aquellos tiempos —dijo Gino tratando de mantener la compostura.

«Y de éstos también, en concreto del pasado viernes», pensó Gino.

—Bueno, pero sé discreto. Chad Stedley parece un tipo celoso. Creo que no le gustaría ver a un antiguo novio de Jordan apareciendo de nuevo en su vida.

—Parece que es encantador.

—Y millonario.

—¿Qué quieres decir?

—Que las mujeres son capaces de hacer cualquier cosa con tal de cazar a un tipo así.

—¿Lo dices por experiencia?

—No, hombre, no. Yo soy rico, no millonario. Pero tú, en cambio, eres uno de esos solteros de oro. Los Bortelli estáis entre las cien familias más ricas de Australia.

—¿Cómo lo sabes?

—Me gusta conocer bien a la gente con la que hago negocios.

—Haces muy bien.

—Mira, si al final vienes a Sidney, podrías dejarte caer por aquí y

así ves los planos que he diseñado.

—Todavía no sé si iré. Igual me voy a esquiar.

—Eso sería la decisión más sensata.

—Sí, seguramente —repuso Gino.

Pero Gino no se sentía sensato en absoluto. Sólo era capaz de darle vueltas a la misma pregunta, ¿le había mentido Jordan? Sólo había una manera de averiguarlo antes de la cena del sábado. Le diría a la agencia de detectives que se pusieran manos a la obra. Todavía tenían tres días y medio para descubrir si Jordan había terminado con Chad o no. Tiempo más que suficiente. También les pediría que averiguaran si Jordan asistiría a la cena.

Por su parte, enviaría un e—mail al señor Frank Jones aceptando su invitación.

Capítulo 8

Jordan pasó con cierto aburrimiento por el ceremonial que suponía arreglarse: ponerse el mismo vestido negro de la última vez, los mismos zapatos, las mismas joyas. Afortunadamente, había ido a la peluquería aquella misma mañana. Le habían lavado y secado el pelo, poniendo un poco de orden en aquellos rebeldes cabellos ondulados que tenía. No tardó ni diez minutos en pintarse. Nunca se maquillaba demasiado.

A las seis y media ya estaba arreglada. Tenía todavía media hora hasta que llegara el taxi, de modo que abrió el frigorífico y se sirvió una copa de un vino suave y afrutado que a Chad no le gustaba, pero que a ella le encantaba. Cruzó el salón y salió al balcón. El gélido aire nocturno le provocó un pequeño escalofrío. No había mucho viento, sólo una brisa fresca soplando desde el océano. Vivir en un piso diecisiete le permitía admirar la magia de las luces de la ciudad, con sus dos iconos por excelencia destacando sobre el resto, el puente a su izquierda reluciendo como una enorme joya y el sofisticado techo del edificio de la Ópera, surgiendo del puerto y dándole al paisaje un toque de película de ciencia—ficción.

Pero aquella noche, Jordan no disfrutaba de la vista como de costumbre. Su mente estaba en otro sitio. No le apetecía nada asistir a la cena, pero no tenía más remedio. Esa misma mañana le había dicho a Chad por teléfono que no quería ir sin él, pero él no se había dejado convencer.

—¿Conseguiste nuevos clientes el mes pasado, verdad?

—Sí —admitió ella.

Un joven muy enfadado que quería demandar a su jefe por despido improcedente. Según su versión, lo había hecho al descubrir que era homosexual.

—Entonces tienes que ir, cariño. No hay más remedio. Y acuérdate de llevar tu anillo de compromiso. Que lo vean todos.

Jordan había colgado el teléfono replanteándose la decisión de casarse con Chad. En las conversaciones que había tenido con él aquella semana, Chad se había mostrado demasiado dominante con ella. Daba por hecho que dejaría de trabajar cuando se casaran y, además, que irían a vivir juntos a los Estados Unidos. ¿Y su opinión? ¿Acaso no contaba para nada?

Se había sentido además un poco decepcionada cuando él apenas le dio importancia a su éxito en el caso Sharni Johnson. En lugar de valorarlo, tuvo que escuchar el relato de todas las fiestas que le habían organizado sus amigos cada noche con motivo de su regreso a casa. Con lo que le gustaba a Chad ser el centro de atención, sabía que había omitido hablarle de las mujeres que también habrían ido a

aquellas fiestas. No era celosa, pero no le gustaban nada las mentiras.

Jordan se sintió culpable. ¿Acaso había sido ella una chica inocente y sincera? Había pasado ya más de una semana desde aquella noche con Gino, pero los recuerdos seguían atormentándola. Se había entregado a él, volviendo a ser de nuevo la chica alocada que había sido diez años atrás. Él ordenaba y ella obedecía. Así era Gino. Y a ella le encantaba.

Afortunadamente, el destino había hecho acto de presencia en forma de billete de avión y la había salvado antes de que hiciera alguna tontería peor.

Pero el daño ya estaba hecho. El daño que transformaba a una mujer que vivía una experiencia sexual de esa intensidad. Era difícil regresar al mundo real después de algo así. Imposible de olvidar.

Ése era su problema con Gino, olvidar.

«Acéptalo, Jordan. Podrás casarte con Chad, vivir en Estados Unidos o poner miles de kilómetros entre tú y él. Gino siempre estará ahí, en tu cabeza, nunca podrás olvidarlo», le decía la voz de su conciencia.

Jordan apuró la copa de vino y entró de nuevo en el salón.

Ya había tomado su bolso y las llaves cuando recordó lo que le había pedido Chad por teléfono aquella mañana: llevar puesto en la cena su anillo de compromiso. A pesar de haberle dicho que sí, todavía no había llegado a ponérselo. ¿Por qué? Desde luego, el anillo no lo había elegido ella, pensó el entrar en su habitación para extraerlo de la cajita donde lo guardaba. Era una alianza demasiado ostentosa: un rubí con dos diamantes a los lados.

A Jordan le gustaba la sencillez del oro blanco, de la plata. Aquella alianza era de un oro amarillo intenso.

Por otro lado, Chad no había elegido por sí mismo el anillo. Era un legado familiar, una herencia que había recibido de su abuela antes de morir. Al principio, Jordan se había sentido conmovida por aquel gesto. Pero entonces se preguntó, mientras se ponía el anillo, si sería capaz de estar a la altura de aquella grandiosa tradición.

Vivir con Chad allí, en Sidney, donde todo era conocido, era fácil. ¿Cómo sería la vida en Los Estados Unidos? Nunca había estado allí, ni allí ni en ningún sitio. Sólo había hecho un viaje a Europa, un viaje en el que pasó la mayor parte del tiempo en Italia buscando a Gino. Ahora sabía que nunca lo habría conseguido, que no tenía su verdadero nombre, que él no estaba allí.

«Gino, Gino otra vez», pensó Jordan, y eso la hizo reafirmarse en su determinación de casarse con Chad. Podría ser que no fuera perfecto, que fuera un poco arrogante a causa de su riqueza y de la indulgencia de sus padres. Pero no había ninguna duda de que era tan trabajador como ella.

Y, sobre todo, quería casarse con ella.

En cambio, Gino…

—Déjalo ya, te vas a casar con Chad. Eso es todo —susurró Jordan saliendo por la puerta de su apartamento.

Capítulo 9

La sala de conferencias de Stedley & Parkinson estaba perfectamente preparada para albergar un evento como aquél, con su mesa capaz de acoger hasta a veinticuatro personas, su cocina adjunta y los dos cuartos de baño, para señoras y caballeros, a la entrada. El suelo era de madera brillante y las paredes estaban decoradas con paisajes originales de algunos de los mejores artistas australianos, como Pro Hart y Albert Namatjira.

En total, serían dieciocho: seis abogados, sus seis clientes nuevos más importantes, cuatro de los cuales llevarían pareja, Frank y ella. No todos los nuevos clientes eran invitados. Sólo aquéllos que tenían mucho dinero o cuyos casos ofrecían publicidad a la compañía. Los clientes nuevos de Jordan siempre eran invitados, ya que ella siempre asumía los casos que más interesaban al público y a los medios de comunicación.

Lo más difícil para Kerry había sido la tarea de organizar los sitios. Había que tener en cuenta las rivalidades entre el personal de la compañía y sentarlos separados. En cuanto a Jordan, la había situado entre el señor Bortelli, que no iba a llevar acompañante, y el señor McKee, un cliente de Jordan que también acudiría solo.

Mientras Kerry recorría la sala de conferencias, comprobando que todo estuviera en su sitio, se preguntó si esa vez Jordan se pondría algo nuevo. El mes anterior, se había puesto el mismo vestido de siempre, un clásico y aburrido vestido negro de manga larga, sin apenas escote y que ocultaba sus hermosas piernas, acompañado de un collar de perlas con doble vuelta demasiado formal y anticuado. Lo único decente fueron los zapatos negros de tacón alto.

Ahora que Jordan se había prometido con el príncipe encantador, cabía la esperanza de que aprovechara para renovar su vestuario. A los hombres como Chad les gustaba que sus esposas llamaran la atención. Jordan aún no se había dado cuenta, pero estaba a punto de entrar en un mundo nuevo, donde la moda y las apariencias eran cruciales y determinarían su éxito como señora de Chad Stedley. Se le había terminado aquella manera de vestir. Había que comprarle ropa más adecuada antes de que Chad regresara de Estados Unidos, y Kerry era la persona perfecta para aconsejarla.

—¡Oh! ¡Todo está precioso!

—¡Mira quién está aquí! —sonrió Kerry, viendo entrar a Jordan por la puerta de la sala de conferencias con aquel horrible vestido negro de nuevo—. ¡Me encanta tu pelo!

—La gente está todavía arriba, en el despacho de Frank, tomándose unas copas —dijo Jordan.

—¿Y por qué no has subido tú también?

—Me he asomado un momento, pero estaban cuchicheando, como siempre, no lo soporto. Así que me he bajado aquí para estar contigo.

—Eres una cobarde. Lo que pasa es que no eres... ¡Oh, Dios mío! Te has puesto el anillo de compromiso. Ven, enséñamelo. ¡Es fabuloso! Debe de haberlo elegido Chad. Si lo hubieras elegido tú, seguro que habrías comprado el más simple y aburrido.

—Efectivamente, eso es lo que habría hecho. Éste, en cambio, es una joya hereditaria de su familia.

—¿Cómo te lo dio? ¿Te lo mandó por correo aéreo?

—No, mujer, me lo dio antes de irse.

—Eso es que sabía que le dirías que sí.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque los hombres multimillonarios como él no creen que alguien pueda decirles que no —respondió Kerry mirándola a los ojos.

—No me voy a casar con él por su dinero.

—Lo sé. Lo haces porque lo amas y porque al fin has conseguido librarte de ese tipo italiano. Por cierto, hablando de italianos, espero que no tengas nada contra ellos, porque esta noche te sentarás al lado de uno.

—¿Sí?

—Es el nuevo cliente de Henry. No creía que fuera a aceptar la invitación, vive en Melbourne. Pero fíjate, lo hizo.

A Jordan le dio un vuelco el corazón. No podía ser él de nuevo, el destino no podía ser tan cruel.

—He oído que es un tipo muy rico y muy atractivo. Un constructor. Un gran constructor.

Era él, seguro, no podía tratarse de otra persona. Gracias a Dios, Kerry estaba en ese momento ocupada en comprobar la disposición de las etiquetas que indicaban el asiento de cada uno de los asistentes y no se dio cuenta del terremoto que se había desencadenado en su interior.

—¿Y tiene nombre ese italiano? —preguntó Jordan disimulando su interés.

—Sí, Bortelli. Gino Bortelli. Querida, tengo que dejarte. Creo que ya empiezan a bajar y tengo que avisar a los del catering.

Kerry abandonó la sala sin percibir el estado en que se encontraba Jordan. Escuchar el nombre de Gino la había dejado pálida. El ruido de la gente se oía cada vez más cerca. Jordan se agarró a una silla, temerosa de desmoronarse, de volverse hacia la puerta.

—Jordan, estás ahí —dijo una voz de hombre.

Jordan reconoció la voz. Era Frank, el jefe de Kerry y el suyo. No tenía otra opción que darse la vuelta y entablar conversación con él, aunque sabía que seguramente no estaría solo, que habría alguien más

con él, probablemente su nuevo y flamante cliente, el señor Gino Bortelli.

Se dio la vuelta y allí estaba: con un magnífico traje negro, camisa blanca y corbata negra.

Jordan esperaba que él estuviera tan sorprendido como ella, pero mirándole a los ojos percibió lo contrario. Gino parecía muy tranquilo. ¿Cómo podía ser? ¿Lo había planeado todo? Ella nunca le había dicho dónde trabajaba. No podía entenderlo.

—Hola, Frank —saludó Jordan esbozando su mejor sonrisa mientras por dentro no paraba de hacerse preguntas.

—El señor McKee estaba buscándote —dijo él algo molesto.

—¿Sí? ¿Dónde está?

—Ha tenido que irse a casa. Le dolía un poco la cabeza.

—¡Qué pena! —dijo Jordan deseando que le pasara lo mismo a ella y así tener una excusa para escapar de allí.

Pero escapar nunca había sido su estilo. Era una mujer a la que le gustaba afrontar las cosas cara a cara. Que era lo que estaba haciendo en ese momento. Era difícil, pero lo estaba haciendo.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, desvió la mirada hacia Gino.

—¿Quién es éste, Frank? —preguntó con frialdad señalando con la cabeza a Gino como sí no lo conociera.

No quería darle la oportunidad de decir nada fuera de lugar delante de su jefe, tenía que impedirlo. Conociendo a Gino como le conocía, sabía que era capaz.

—Es un cliente extraordinariamente valioso para nosotros. El señor Gino Bortelli, director de Construcciones Bortelli, una de las compañías líderes del sector. Henry le ayudó la semana pasada con un contrato.

«Tal vez por eso está aquí. Mi nombre saldría a relucir mientras hablaba con Henry», pensó Jordan. Pero enseguida rechazó la idea. Esa reunión había tenido lugar antes de su encuentro con Gino, y cuando hablaron aquel viernes, él no sabía que era abogada hasta que ella se lo dijo.

—El señor Bortelli nos va a conceder el honor de ser sus representantes a partir de ahora en todos los negocios que lleve a cabo aquí en Sidney —añadió Frank.

Frank solía adular a todos los clientes que representaban dinero para la compañía, pero Jordan pensó que con Gino se estaba excediendo.

—Desgraciadamente, Henry llamó en el último momento para decir que no podía venir esta noche. De modo que he hecho de anfitrión y le he presentado al señor Bortelli a todo el mundo. Señor Bortelli, le presento a Jordan, una de nuestras mejores fiscales. Se ha ganado una extraordinaria reputación durante estos últimos años —

dijo Frank sin dejar hablar a ninguno de los dos.

—No me hagas la pelota, Frank. ¿Cómo está usted, señor Bortelli? —dijo Jordan sin tenderle la mano.

—Muy bien, gracias —respondió Gino fríamente.

—Jordan, lo dejo en tus manos. Tengo que ir a ver a Kerry para asegurarme de que os ha sentado juntos. Pero no se haga ilusiones, señor Bortelli, ya está prometida. Acaba de decirle que sí a Chad Stedley, el hijo del fundador de todo esto —dijo Frank volviéndose para buscar con la mirada a Kerry.

—Felicidades —dijo Gino, mirándola con educación pero con frialdad, como escudriñando dentro de su cabeza—. Así que… ¿esta noche vamos a jugar a esto, Jordan? —le preguntó Gino sarcástico—. ¿Vamos a jugar a que no nos conocemos?

—Ya están tomando asiento, señor Bortelli. Le sugiero que hagamos lo mismo —dijo Jordan respondiéndole con la misma frialdad e ironía.

Gino la siguió mientras ella rodeaba la mesa para dirigirse a los asientos que les habían asignado, los dos juntos en un extremo. Era una suerte estar tan apartados de Kerry, de Frank y de todos, de ese modo no podrían escuchar su conversación.

Una vez sentados y servidos unos entremeses a base de tempura con ensalada, Jordan decidió hablar claro.

—No es una coincidencia que estés aquí, ¿verdad?

—El que contratara a Stedley & Parkinson sí fue una coincidencia.

—Pero… ¿sabías que estaría aquí esta noche?

—Sí.

—¿Te importa explicármelo?

—Claro que no.

¿La había investigado? ¿Había descubierto así dónde trabajaba? ¿Había descubierto también lo de Chad?

—Debe de ser difícil para ti estar aquí, tan lejos de tu prometido —dijo Gino con tranquilidad.

—¿Cómo sabes eso?

—Quizá me lo dijo Frank.

—Pero no fue así, ¿verdad? Has hecho que me investigaran.

—Qué mente más retorcida tienes. Debe de ser deformación profesional.

—¿Qué quieres de mí?

Gino la sonrió dejando el tenedor sobre la mesa. Una sonrisa provocativa que revolvió su corazón. Pero no de ira.

—Lo que siempre he querido, estar contigo —dijo en voz baja mientras sus ojos pasaban de la frialdad anterior a una intensa calidez.

A Jordan empezaron a temblarle las manos, y dejó también el tenedor en la mesa. Apartando la mirada de él, tomó la copa de vino

blanco que estaba frente a ella y bebió un poco, lo que le dio tiempo para recomponerse.

—Acepté la proposición de Chad el viernes pasado —dijo Jordan.

—¿Y eso te disculpa? Me llamaste mentiroso y adúltero, cuando la realidad es que la mentirosa y la adúltera eras tú. Te diré lo que pasó aquel viernes por la noche. Pensaste que podrías pasar un buen rato conmigo mientras tu novio millonario estaba de viaje. Pero cuando te diste cuenta de que yo no era quien tú creías que era te asustaste y huiste. No sin antes acusarme y dejarme con toda esta culpabilidad sobre mi conciencia. Incluso me llamaste cobarde. Nadie me ha llamado algo así jamás.

A Jordan la cabeza empezaba a darle vueltas. Y Gino no había terminado.

—¿Qué pasaría si le dijera a tu querido Chad lo que has estado haciendo mientras él estaba fuera? Seguro que no podrías seguir llevando ese anillo nunca más, ni seguir trabajando en esta compañía. Tienen ideas algo anticuadas en estos temas, ¿verdad?

Jordan volvió a sonrojarse. Tomó de nuevo la copa de vino para tranquilizarse.

—Así que… ¿a eso has venido aquí? ¿A vengarte? Muy típico de un italiano.

—Deberías haber pensado en eso antes de herir mi orgullo y mi sentido del honor.

—¿Hablas tú de honor cuando has contratado a alguien para que me investigue?

—Soy un hombre, y debo actuar como tal.

—¿Para qué?

—Para poder estar contigo, Jordan. Esta noche —dijo con la voz temblándole de deseo.

—¿Es que no te enteras? Te lo dije el otro día y te lo vuelvo a repetir. Todo ha terminado entre nosotros, se terminó hace diez años. Lo que ocurrió el viernes pasado fue un error, un gran error.

—Si no haces lo que te digo, le contaré a tu prometido lo que pasó.

—Tú…

—Silencio. No querrás que tu jefe vea cómo te enfadas con su nuevo y valioso cliente, ¿verdad?

Jordan le miró con toda su rabia y bebió de un trago todo el contenido que quedaba en su copa de vino, haciendo que algunos invitados la miraran. Nunca había bebido mucho en aquellas cenas de empresa, nunca había hecho nada que pudiera ser reprochable o llamara la atención.

El ultimátum de Gino era cruel y destructivo. No le importaba nada el futuro de ella ni su felicidad. Sólo la deseaba sexualmente, quería desnudarla a toda costa, quitarle la ropa, el orgullo y la

dignidad.

Y, a pesar de todo, en el fondo de sí misma, sabía que acabaría accediendo a sus deseos. Y no para evitar que le dijera a Chad lo que había pasado, sino porque lo deseaba, deseaba pasar la noche con él.

Aquello era enfermizo. Ella era enfermiza.

No podía mentirse a sí misma, estaba enamorada de él. ¿Cómo era capaz de amar a un hombre que le estaba haciendo chantaje para acostarse con ella?

No, no era amor lo que le estaba provocando aquel torbellino en la sangre, haciendo que su cuerpo ardiera de deseo. Era lujuria. Una lujuria excitante, poderosa, incontrolable.

Pero, al mismo tiempo, no podía permitir que Gino se diera cuenta de lo débil que era. Debía aparentar que lo odiaba por obligarle a hacer algo así. Podía hacerlo, era experta en guardar la compostura y aparentar.

—Los chantajistas nunca se dan por satisfechos. Si accedo, ¿quién me asegura que no volverás a hacerlo?

—Te doy mi palabra de honor de que si pasas esta noche conmigo, regresaré a Melbourne mañana y nunca más volveré a molestarte.

—Lo siento, pero no confío en ti.

—No tienes otra opción.

—Sí, podría contárselo a Chad yo misma. Tal vez lo entendería.

—No lo creo.

Y Jordan tampoco.

—No hay mucho más que tratar, ¿no crees? Una noche conmigo a cambio de una vida entera con Chad.

—¿Qué te impide volver a inmiscuirte en mi matrimonio y en mi vida en el futuro?

—Nada, sólo mi palabra. Pero supongo que cuando te cases te irás a Nueva York. No me veo viajando tan lejos sólo para repetir lo que va a pasar esta noche.

—¿Sabe tu familia que eres un maldito bastardo sin sentimientos?

—No metas a mi familia en esto. Bueno, ¿qué decides? ¿Tenemos un trato o no?

Jordan volvió a preguntarse, como había hecho tantas veces, por qué Gino tenía la capacidad de hacerla sentirse así, de hacerla perder el orgullo, la razón, de conseguir de ella todo lo que quería.

Se odiaba a sí misma por ser tan débil con él, mientras con el resto del mundo sabía ser firme y decidida. Si hubiera sido cualquier otro, le hubiera dicho que se fuera al infierno. Aunque, si hubiera sido cualquier otro, nunca habría pasado aquella noche con él.

—¿Te das cuenta de que te odiaré para siempre por obligarme a hacer esto?

—Vale la pena —respondió Gino.

Jordan se recordó a sí misma el viernes anterior, desnuda delante de él, jurándole que nunca más volvería a verla así. Qué vanas palabras, qué palabras tan vacías, tan huecas.

El camarero hizo que cortaran la conversación cuando se acercó a retirar los platos. Volvió a llenar sus copas de vino blanco, esa vez de Chardonnay.

—Debería mandarte al infierno —dijo Jordan cuando el camarero se alejó.

—Deberías, pero no lo harás. Harás lo que yo digo.

—No estés tan seguro.

—Lo estoy. Porque no soy el único aquí que no tiene conciencia ni sentimientos. Ni el único que es ambicioso.

—No sabes nada de mí. No me conoces en absoluto.

—Ni quiero. Lo deseé una vez, pero ahora lo único que quiero conocer de ti es tu cuerpo. ¿Tenemos un trato, señora Stedley? ¿Te rendirás a mí esta noche a cambio de mi silencio?

—¿Una rendición total?

—No te pediré nada que no hayamos hecho ya antes.

Había tan pocas cosas que no hubieran hecho ya… Su convencional vida sexual con Chad no se acercaba ni lo más mínimo a la que había tenido con Gino.

—Tienes diez segundos para responderme. Si no, te prometo que llamaré ahora mismo a tu prometido. Tengo su número en mi móvil.

Si se hubiera tratado de otro hombre, Jordan habría pensado que se estaba tirando un farol. Pero conocía a Gino, y sabía que estaba dispuesto a hacerlo.

—En ese caso, acepto —dijo Jordan sintiendo que se le revolvía el estómago.

Capítulo 10

Cuando Jordan aceptó su proposición, Gino vio confirmados sus peores temores. La chica dulce, sensual y sincera que había conocido una vez se había transformado en una mujer fría, despiadada y ambiciosa.

No amaba a Chad Stedley. De hacerlo, nunca se habría acostado con él. Y, a pesar de todo, seguía llevando aquel anillo.

Se había sentido muy enfadado al descubrir que estaba prometida. No, enfadado no, se había quedado pálido.

Aquella noche no había ido a la cena con ningún propósito oculto. Sólo quería mirarla a los ojos y decirle la clase de mujer que era. Pero cuando la vio, de espaldas, allí de pie, tan atractiva con aquel vestido negro, el deseo apareció en cada poro de su cuerpo. Cuando se volvió y vio su rostro, la odió por hacerle sentir aquel deseo, aquel amor.

No se le había pasado por la cabeza chantajearla para llevarla a la cama hasta que ella le ofendió haciendo como que no le conocía.

Ése había sido el momento. El momento en que había decidido utilizar su propia ambición, su propia frialdad contra ella misma y, al mismo tiempo, apagar aquel deseo que lo consumía.

Pero, incluso a pesar de su determinación, le sorprendió que ella aceptara. Estaba sorprendido y al mismo tiempo excitado. Era una suerte que estuvieran cenando sentados, donde nadie pudiera advertirlo.

—Espero que estés contento —murmuró Jordan.

¿Contento? No, no lo estaba. ¿Cómo iba a estarlo si la única razón por la que ella había aceptado acostarse con él era poder casarse con otro?

Gino la miró y observó el color enrojecido de su rostro. ¿Era la expresión de la ira o, tal vez, ella sentía el mismo deseo embriagador que él?

La tensión sexual entre ellos había sido, una vez, casi eléctrica. Seguía allí cuando la encontró el viernes anterior. No era posible que eso hubiera cambiado sólo por haber descubierto que él no era quien ella creía.

Jordan podía odiarle, pero en el fondo, bajo la piel, seguía yaciendo oculto el mismo deseo que él sentía por ella.

No podía esperar a tenerla entre sus brazos, a tenerla desnuda de aquella forma en que ella había jurado no repetir nunca más, a volver a hacer con ella todas las cosas que él le había enseñado diez años atrás.

Que los camareros sirvieran la cena sólo hizo que su pasión se tomara un ligero descanso. El chef se acercó para explicar que se trataba de Barramundi a la plancha, rociado con una salsa de tomate y

pepino y acompañado de una patata cocida y una espléndida ensalada.

A Gino se le hizo la boca agua. Su apetito siempre se disparaba cuando estaba excitado.

Gino observó que Jordan no mostraba muchas ganas de comer, aunque sí de beber.

«Mejor, un poco bebida está todavía más sexy. O, al menos, solía estarlo», pensó.

—¿Cuándo? —preguntó ella de pronto sin mirarle.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo y dónde será?

—En cuanto podamos irnos de aquí. He reservado una suite en el Regency. Una suite nupcial —dijo él observando sus ojos encendidos.

—¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido qué?

—Reservar una suite nupcial.

En realidad, no la había reservado a propósito. No había siquiera imaginado que llegaría a estar en ella con Jordan. Aquel fin de semana iba a celebrarse una gran convención en el Regency. Gino no había reservado habitación con antelación, así que cuando llegó sólo quedaban libres dos suites nupciales.

Pero no iba a confesarle eso a ella. Le agradaba ver cómo ese detalle hacía que ella perdiera los nervios.

—Es la suite French Bordello. Pensé que sería apropiado —dijo Gino dedicándole una sonrisa malévola.

—Eres perverso.

—¿Y tú qué eres? ¿Una chiquilla inocente?

—No. Si lo fuera, no tendría nada que hacer contigo.

«Debería haberle dicho que se fuera al infierno», gruñó Jordan para sí misma.

Que la hiciera chantaje para acostarse con ella era horrible. Que hubiera reservado para ello una suite nupcial denotaba una total falta de delicadeza y escrúpulos. ¿Acaso ignoraba que había habido un tiempo en que ella lo habría dado todo por pasar la luna de miel con él en una habitación así? ¿Que convertirse en la señora de Gino Bortelli había sido entonces su sueño más dorado?

Ser su mujer por una sola noche no era un sueño, más bien era una pesadilla. A pesar de lo excitada que estaba.

Trató de comer un poco, pero tenía el estómago tan revuelto y el cuerpo tan revolucionado que era incapaz. Gino sí era capaz, allí estaba, comiendo plácidamente. Como todos los demás. Y en cambio, ella no podía. Con amargura, tomó la copa de vino.

—No me extraña que estés tan delgada, no comes nada.

Jordan le ignoró y siguió bebiendo. Pero tuvo que dejar de hacerlo

y dejar la copa en la mesa; empezaba a sentirse mareada. Tomó el cuchillo y el tenedor y trató de comer un poco.

—Así me gusta —dijo Gino.

—Es un milagro que pueda comer con todo lo que tengo en la cabeza.

—¿En serio? A mí, cuando estoy excitado, me entran muchas ganas de comer.

—¿Cómo puedes sentir placer yéndote a la cama con alguien que te odia?

—Hay una cosa que deberías saber acerca de los hombres. No nos hace falta amar ni sentir cariño por una mujer para querer acostarnos con ella.

—¿Te das cuenta de que voy a hacerlo obligada?

—¿Obligada? Te recordaré esta conversación cuando me vengas suplicando para volver a hacerlo.

Jordan se indignó por aquel comentario y por ella misma, por la excitación que aumentaba dentro de su cuerpo. Después de aquel comentario ya no había lugar a dudas: Gino no la amaba. Sólo había sido sexo, un pasatiempo.

Mientras Jordan pensaba eso, su corazón se endurecía, pero no conseguía destruir el deseo.

—No tienes corazón —susurró Jordan.

—Tú tampoco —contestó él.

—¿Por qué no dejas de hablar? Quiero comer. Le costaba masticar, pero mejor eso que seguir bebiendo o acabar teniendo una discusión con Gino delante de todos.

Cuando llegó el camarero para retirar los platos, había conseguido comer una cantidad bastante considerable, aunque los demás habían acabado su plato hacía ya tiempo.

Frank era el centro de atención con sus historias sobre sus nuevos clientes. Y aunque disfrutó mientras él relataba el éxito de Jordan en el caso Johnson, en el fondo la entristeció. Le recordó que nunca más habría casos como aquél en el futuro. No en Stedley & Parkinson. El que hubiera accedido al chantaje de Gino significaba el fin de su vida allí, ya que significaba el fin de su compromiso con Chad.

Se conocía demasiado bien para saber que era incapaz de pasar la noche con Gino y después casarse con Chad. Lo llamaría al día siguiente por la mañana y cancelaría su enlace. El siguiente lunes presentaría su baja en la compañía.

¿Cómo iba a ser capaz de seguir trabajando allí en esas circunstancias? Mejor irse con su reputación intacta. Le diría a Frank que el estrés del trabajo y la depresión por la ruptura de su enlace con Chad era demasiado para ella, que necesitaba dejar de trabajar. De esa manera, podría dejar aquel trabajo con las mejores recomendaciones.

Lo mejor era tomarse unas largas vacaciones en algún lugar lejano, lo más lejano posible. No en Italia, por supuesto. Tal vez en China. Algún lugar diferente.

Allí sentada, dando vueltas a aquellos planes de futuro, volvió a pensar en Chad. Iba a quedarse de piedra cuando se lo dijera. Pero lo superaría. Jordan se consoló pensando que, al menos, su relación nunca había sido demasiado intensa.

—¿Habéis fijado ya una fecha para la boda? —preguntó de pronto Gino haciendo que volviera a la realidad.

—Te he dicho que no quiero hablar —dijo Jordan mirándole fijamente con frialdad.

—Prefiero hablar a estar mirando el techo.

—Pues yo sí lo prefiero.

—Espero que no vayas a casarte porque estés embarazada.

—No seas ridículo.

—¿Ridículo por qué? Chad Stedley es un buen partido. No serías la primera mujer en conseguir casarse con un millonario quedándose embarazada.

—Gano suficiente dinero, no necesito casarme con ningún millonario.

—Ya sabes el dicho: nunca se es lo suficientemente rico ni lo suficientemente delgado.

—¿Podemos dejar esta conversación, por favor?

—Como quieras. Pero quiero preguntarte algo antes de que nos acostemos. ¿Se pone Chad preservativo cuando hace el amor contigo?

—¿Te lo pones tú cuando te acuestas con tu novia?

—Siempre. Ahora responde a mi pregunta.

—Sí —admitió Jordan.

—Lo suponía —dijo Gino sarcástico.

—¿Por qué utilizas ese tono?

—¿Qué tono?

—Lo dices como si pensaras que Chad me está engañando.

—Bueno, tú le estás engañando a él.

—Sólo lo he hecho una vez, el viernes pasado.

—¿Y esta noche?

—Esta noche tengo que hacerlo por obligación, no puede tenerse en cuenta.

—Claro, claro —dijo irónicamente, como si supiera el ardiente deseo que sentía ella por dentro.

Jordan cerró los ojos de frustración al pensarlo. ¿Qué clase de mujer era para hacer algo así? Cierto que iba a romper su enlace, eso al menos era ético. Pero iba a acostarse con un hombre que no sólo tenía novia, sino al que ella no le importaba nada.

Los dos les estaban siendo infieles a sus parejas.

Gino tenía razón. Ella era tan inmoral como él.

Cuando abrió los ojos ya habían servido el postre, una especie de mixtura de chocolate con crema acompañado de fresas.

—¿Seguirás trabajando después de casarte?

—Nunca dejaré de trabajar —respondió Jordan deseando que se callara.

—¿Tampoco si tuvieras un hijo?

—Tampoco.

—¿Quieres tener hijos?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó.

A él no le importaba nada. No quería casarse con ella, ni tener hijos con ella. Sólo acostarse con ella.

—Sólo es curiosidad.

—Nuestro acuerdo sólo incluye mi cuerpo. No mi alma. Ni mi futuro. Y ahora, si no te importa, me gustaría dejar este tema de conversación para todo lo que queda de noche. He accedido a lo que quenas. Sé feliz con eso.

—No seré feliz hasta que no te tenga entre mis brazos.

El corazón de Jordan suspiró. ¿Por qué tenía que decir cosas como aquélla?

Jordan cerró los ojos y pensó que nunca seria feliz. No si hacía aquello. Estar de nuevo con Gino la destruiría. Podía sentirlo, cómo empezaba a desintegrarse por dentro. Era humillante el poder que tenía sobre ella, el poder para que se rindiera ante él.

Jordan dejó los cubiertos sobre la mesa, incapaz de comer más.

—A los hombres como tú deberían castrarlos.

—¿Y qué habría que hacer con las mujeres como tú? —preguntó Gino divertido.

—Permitirles algún momento de paz en la vida.

—Qué aburrido suena eso. Pero bueno, al menos esta noche no te aburrirás. Vas a sentirte más viva de lo que te has sentido en muchos años.

—¿Y tú, Gino? ¿Qué vas a sentir tú?

—Te gusta analizar a la gente, ¿verdad? Mis sentimientos son míos. No quiero compartirlos con mujeres que me odian.

—¿Y aun así quieres que me vaya a la cama contigo? ¿No te parece perverso?

—Muy perverso. Pensaré en tu odio cuando te tenga desnuda delante de mí, cuando me supliques que te haga el amor. Y lo harás, querida. Porque conozco perfectamente esa parte de ti. Conozco tus necesidades, tus deseos. Puede que me odies, pero en lo más profundo de tu ser, en ese lugar donde habitan los deseos más oscuros, sé que te mueres por acostarte conmigo tanto como yo contigo. Bueno, tal vez no tanto como yo. Ahora, dame la mano para que veas lo que me has

hecho.

Jordan se agitó en la silla cuando él tomó su mano y la puso sobre su vientre.

—Para. No me humillarás más. Trátame con respeto. Si no te comportas con decencia, romperé el trato. Se lo diré a Chad yo misma.

—Perfecto.

—No voy a salir de aquí contigo. Iré al Regency por mi cuenta. Déjame una llave en recepción.

—Pensarán que eres una prostituta —dijo indignado.

—No estarían muy equivocados.

—Les diré que mi esposa va a llegar en un vuelo desde Melbourne.

—Nunca. No me haré pasar por tu mujer.

—Eres una cabezota.

—Ahora soy una mujer adulta, no una chiquilla como antes.

—Te prefería cuando eras una chiquilla —dijo Gino con cierta amargura.

—Estoy segura. Entonces rompemos el trato, ¿no? Ya no quieres acostarte conmigo sabiendo lo cabezota que soy, ¿verdad?

Gino la observó en silencio durante unos instantes.

—No intentes escapar de mí. Sabes perfectamente que ninguno de los dos queremos eso. Anda, prueba el postre, está delicioso.

—No puedo comer más —dijo Jordan apartando el plato.

—Necesitas urgentemente que te den una lección. En cuanto termine la cena, será un placer para mí.

—En tus sueños.

—No. En la suite Frenen Bordello. En una cama con dosel. Durante toda la noche.

Capítulo 11

Apoyada contra la ventana de su despacho, Jordan observaba la ciudad bañada por la oscuridad cuando se abrió la puerta.

—Ya sabía yo que te encontraría aquí —dijo Kerry.

—¿Y eso?

—¿Te ha entrado alguna vena extraña y querías estar sola? Se notaba que no podías esperar a que acabara la cena para escaparte.

—No tenía mucho apetito esta noche.

—¿No te ha gustado la cena?

—Era excelente.

Jordan miró su reloj con nerviosismo. Tenía que irse pronto. Gino se había ido hacía más de diez minutos y le había dicho que no se retrasara.

—¿Qué tal con el señor Bortelli?

—¿Qué? ¡Ah! Bien, bien. Le ha gustado mucho la cena —respondió Jordan con vaguedad.

—¿Ha intentado ligar contigo?

—¿Por qué dices eso?

—Sólo fue una impresión. ¿Qué te pasa? Pareces… agitada.

Por un instante, Jordan sintió deseos de contarle todo a Kerry. Pero sabía que no podía.

—El caso Johnson me ha agotado. Estoy cansada. Estoy pensando en tomarme una temporada de descanso.

—Te he dicho siempre que trabajas demasiado. Me parece muy buena idea. ¿Por qué no tomas un avión a Nueva York y le das una sorpresa a Chad?

—No, no me apetece —dijo Jordan.

—¿Estás pensándote mejor lo de casarte con él?

—Es posible —dijo Jordan abatida.

—Oh, vamos, Jordan —dijo Kerry con aire de decepción.

—Lo sé, sé que soy una tonta, la mayor tonta que hayas conocido jamás.

Sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Necesito ir a casa y dormir toda la noche. Te veo el lunes, ¿vale? —dijo Jordan recuperando el control de sí misma.

—Cuídate —le deseó Kerry mientras Jordan salía por la puerta apresuradamente.

No había nadie en el ascensor que tomó para descender hasta la calle, lo cual dio a Jordan la oportunidad de quitarse el anillo de compromiso y guardarlo en el bolso. No podía concebir la idea de llevarlo puesto estando con Gino en el hotel. Y, en el caso de que quisiera, sabía que él no se lo permitiría.

En la puerta de salida, el guardia de seguridad le preguntó si quería que le pidiera un taxi. El trayecto hasta el Regency era corto, sólo un par de manzanas, pero siendo sábado por la noche podía ser peligroso andar por la ciudad. Aunque normalmente Jordan habría aceptado la proposición, rechazó la idea.

Le sentaría bien el aire fresco de la calle. Y en cuanto al peligro, bueno, si alguien la atracaba o le hacía algo le estaría bien merecido.

Pero no tuvo ningún contratiempo, y en sólo diez minutos estaba entrando por las puertas de cristal giratorias del Regency con el rostro enrojecido y el corazón agitado. Miró de nuevo su reloj y vio que eran las diez y media pasadas.

Sus tacones resonaban mientras cruzaba el hall del hotel hacia el puesto de recepción.

Cuando llegó y vio al otro lado a un recepcionista se lamentó por tener que tratar con un hombre.

—Sí, la señorita Gray. El señor Bortelli dijo que subiera en cuanto llegara. Piso veinte. Suite French Bordello —dijo el recepcionista dándole una llave en forma de tarjeta.

—Gracias —respondió fríamente, deseando que el calor que sentía en las mejillas no se notara.

Mientras el ascensor la llevaba al piso veinte, Jordan se debatía consigo misma. Todavía estaba a tiempo de evitarlo. Podía darse la vuelta y marcharse a casa. Pero su cuerpo se negaba a obedecer.

Cuando quiso darse cuenta, estaba frente a una puerta con el letrero Suite Bordello escrito en letras doradas.

Jordan pensó si era mejor llamar o entrar directamente.

Finalmente, golpeó en la puerta con la mano derecha y se quedó a la espera.

Tras unos segundos angustiosos, la puerta se abrió. Allí estaba él, mirándola con impaciencia. Se había quitado la chaqueta, la corbata y se había desabrochado el botón superior de la camisa.

—Has tardado mucho.

—He venido andando.

—¿Que has qué? —dijo tomando su mano y atrayéndola dentro de la habitación.

Una vez dentro, Gino cerró la puerta con el pie.

—Podía haberte pasado algo.

Jordan ignoró sus palabras y soltó su mano.

—¡Madre mía! —exclamó Jordan al ver la suite.

Quienquiera que hubiera decorado aquella suite tenía un innegable talento para las atmósferas decadentes y sensuales: alfombras de color rojo oscuro, paredes de madera, dos sofás con brocados dorados y patas estilizadas, mesas de mármol y lámparas que despedían una luz tenue. Los colores eran demasiado chillones para su gusto y la

decoración en general demasiado recargada.

Al dormitorio se llegaba pasando una puerta de doble hoja que en aquel momento estaba abierta, lo que permitía a Jordan ver la cama con dosel que Gino le había mencionado. En el interior del dormitorio, los colores estaban invertidos: el suelo estaba cubierto de una alfombra dorada y las paredes empapeladas de rojo a juego con el rojo oscuro de las cortinas de terciopelo.

—¿Eso quiere decir que no te gusta? —preguntó secamente Gino.

—No es mi estilo.

—Espera a ver el cuarto de baño.

—Creo que necesito verlo ahora mismo —dijo Jordan sintiendo que la tensión de su cuerpo aumentaba cada vez más.

Mientras cruzaba el salón observó que no habla aparato de televisión ni minibar. Sólo una mesita de café con una botella de champán francés abierta y una bandeja con fresas, caviar y trufas de chocolate.

¿Era todo aquello idea de Gino o del servicio del hotel?

Cuando pasó junto al dormitorio pudo confirmar su anterior observación. Era tan suntuoso como le había parecido: una colcha de satén rojo y dorado, almohadas doradas, lamparillas con formas de mujer desnuda y una botella de cristal en una de las mesillas que parecía una loción masculina para el cuerpo.

El cuarto de baño era tal y como le había insinuado Gino. Las paredes y el suelo eran de mármol negro, el retrete, el lavabo y el bidé de un suave color crema y las tapas con los bordes dorados.

¿Qué perversidad se le habría ocurrido hacer allí a Gino? Se lavó las manos y se arregló un poco el pelo y no se molestó en volver a pintarse los labios. ¿Para qué, si no le iba a durar mucho?

Salió del baño y regresó al salón, donde Gino esperaba junto a la ventana. Al oírla entrar, se dio la vuelta con una copa llena de champán en la mano.

—Estaba pensando —empezó Gino.

—¿En qué?

—Me he equivocado al obligarte a hacer una cosa así. No era mi intención cuando acudí a la cena esta noche. No quiero obligarte.

Jordan nunca se había sentido tan sorprendida en su vida.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —preguntó.

—Quiero estar contigo, eso no ha cambiado. Pero quiero que tú también lo desees, no quiero obligarte ni seducirte. Quiero que tengamos lo que teníamos hace diez años. No quiero que me odies. No quiero odiarme a mí mismo.

—No creo que sepas lo que quieres, Gino. Mira, si eso te hace sentirte mejor, te diré que he venido aquí por mi propia voluntad, no porque me hayas hecho chantaje. Tienes mucha influencia sobre mí, lo

admito. Puedes levantar un dedo y ahí me tienes, a tus pies. Pero eso no significa que podamos recuperar lo que una vez tuvimos. No podemos por una razón: ya no te amo. ¿Cómo podría ser capaz de amar a un hombre que me ha investigado a mis espaldas? Pero si lo que te interesa es esto, quédate tranquilo, te deseo. Tenías razón cuando esta noche, durante la cena, dijiste que sabías perfectamente lo que yo quería. Conoces mis más íntimos deseos.

Sin dejar de mirarle, Jordan se llevó la mano a la espalda y bajó la cremallera de su vestido.

—Así que aquí estoy. Haciendo lo que me había prometido no hacer nunca más. Y no porque me hayas amenazado con contárselo todo a Chad. Lo hago porque, de esta manera, cuando haya pasado esta noche, podré irme y vivir mi propia vida con un hombre que se preocupa de mí y quiere casarse conmigo.

Abatido pero excitado, Gino observaba cómo Jordan se quitaba poco a poco el vestido y lo dejaba caer sobre el suelo de la habitación, quedándose delante de él sólo con su ropa interior.

Y no era ropa interior anticuada ni cursi, sino muy sexy. Un sujetador de satén negro con los tirantes de color carne.

No podía dejar de mirarla mientras se quitaba los zapatos de tacón y se deslizaba los tirantes del sujetador por los hombros. Con un leve movimiento de su hermoso cabello rabio, Jordan fue hasta la mesita de café. Apoyó sobre ella una pierna y se quitó lentamente la media.

Por la mente de Gino pasó la terrible idea de que, tal vez, Jordan también le había hecho aquella demostración de su belleza a Chad. Aunque, si lo había hecho, ¿qué demonios hacía allí con él? «No, sólo es así conmigo», pensó Gino. Ella se quitó la otra media, después el collar de perlas. Cuando empezó a desabrocharse el sujetador, Gino se quedó sin respiración. La sangre corría descontrolada por sus venas.

—No me mires así. Esto es lo que querías —dijo Jordan sonriéndole.

—No. No del todo. Vuelve a ponerte los zapatos. Jordan le miró sin entender bien. —Así es como te imaginé esta noche mientras cenábamos —añadió—. Eso es lo que quiero de aperitivo.

Se habían acabado las contemplaciones. Había intentado hacer lo correcto, pero ella se había negado. Ella lo había querido así. Quería que él la poseyera, y él estaba encantado de cumplir sus deseos.

Jordan tragó saliva, sintiendo la garganta seca. Nunca debería haber empezado a quitarse la ropa como si estuviera haciéndole un striptease, como si le estuviera desafiando. Ahora su comportamiento se había vuelto contra ella. Gino ya no la miraba enregado a su belleza, sino con ojos fríos e implacables.

—¡Hazlo! —ordenó.

Jordan buscó los zapatos con los pies y se los puso. Los tacones le obligaron a cambiar de postura, echando los hombros hacia atrás y encogiendo el estómago, lo cual hizo que sus pechos destacaran aún más.

Gino la miraba fijamente con sus ojos negros casi cerrados. Sabía perfectamente que a ella le excitaba estar allí de pie, desnuda y con aquellos zapatos de tacón puestos. Lo sabía tan bien como anticipaba con la imaginación lo que pasaría a continuación. Y ella haría todo lo que él le dijera.

—Eso está mejor. Ahora ven aquí —dijo con una oscura mirada de satisfacción.

Capítulo 12

Jordan avanzó hacia él lentamente, sintiendo la desnudez de su cuerpo. Se detuvo frente a él, con el corazón golpeándole con fuerza, el pecho agitado por la respiración y el abdomen encogido por la tensión.

—Bebe un poco —dijo él acercándole una copa a la boca.

El champán bajó por su garganta hasta el estómago. La cabeza le daba vueltas.

Jordan no recordaba haber sentido nunca una excitación tan intensa. Aquello no se parecía en nada a todo lo que había experimentado diez años atrás. También era diferente a lo que había pasado el viernes anterior.

Aquella noche, entregada a él, sentía que iba a vivir una experiencia que cambiaría su vida para siempre.

Cuando hubo bebido todo el champán, Gino posó la copa sobre el sofá y acarició sus pezones con las yemas de los dedos, sintiendo que una corriente eléctrica bajaba por la espalda de ella.

—¿Sabes lo sexy que estás?

Sus dedos recorrieron su cuerpo bajando hacia el abdomen.

—Estarás más sexy todavía si separas un poco las piernas.

Jordan estaba tan paralizada que no se movió.

—Creí que habíamos quedado en que harías todo lo que te dijera. Y todo quiere decir todo. Ahora bien, si has cambiado de idea, eres libre de hacerlo. Vístete cuando quieras y vete. No te detendré. Pero si te quedas, harás todo lo que yo te diga.

Jordan no lograba reaccionar.

—¿Te has quedado muda? Si no dices nada, entenderé que estás de acuerdo.

Jordan asintió levemente con los labios.

—Así me gusta. Ahora quédate aquí, voy a preparar el baño.

—¡Gino! ¡No! —exclamó Jordan al borde del desmayo por la excitación.

—¿No qué?

—No me dejes así, por favor.

Gino la miró con desprecio. Pero el deseo se acumulaba sin cesar dentro de él. Sin poder soportarlo más, la tomó entre sus brazos y la besó violentamente. Ella respondió con la misma agresividad. Si en ese momento él hubiera reaccionado de forma tierna o cariñosa, no podría haber evitado echarse a llorar. De esa manera, en cambio, podía ocultar su tristeza en la pasión y olvidarse de ella misma.

Sentía los botones de la camisa de él clavándose en su pecho, pero no le importaba el dolor. Ni el dolor ni la perversión.

Se moría de excitación. Ya no le bastaba con que él la besara.

Necesitaba tenerle dentro, necesitaba que la llenara con su cuerpo como sólo él era capaz de hacer.

—¡Hazlo, por favor! —exclamó Jordan.

—¿Aquí?

—Aquí mismo —dijo fuera de sí.

Gino la tomó por la cintura y, violentamente, le dio la vuelta y la llevó hasta una de las enormes ventanas que ascendían desde el suelo hasta el techo. Desnuda, Jordan apoyó la espalda contra el cristal. Gino la tomó entre sus brazos.

—Agárrate a las cortinas y no te sueltes.

Le temblaban las manos buscando los bordes de aquellas cortinas de terciopelo. ¿Podían verlos desde la calle? ¿Desde las ventanas del edificio de enfrente? ¿Había gente mirando?

—Abre las piernas —le ordenó Gino quitándose la camisa.

Jordan cerró los ojos y obedeció. Con las manos agarrando con fuerza las cortinas, empezó a sentir la convulsa respiración de Gino junto a su cara.

—Abre los ojos. Quiero que veas todo lo que voy a hacerte, mi amor.

—Yo… yo no soy tu amor —exclamó mientras una de las manos de él ascendía por sus piernas.

—¡Esta noche sí lo eres!

—¡No! —gritó temblando de deseo.

—¡Esta noche eres mía!

Gino continuaba explorando su cuerpo mientras Jordan trataba de contener la explosión de deseo dentro de su cuerpo. Pero era inútil. Su cuerpo empezó a agitarse violentamente cuando Gino se separó de ella.

Jordan protestó con un gemido.

—Paciencia —dijo Gino desnudándose frente a ella.

A Jordan empezaban a dolerle los brazos y los hombros por el esfuerzo, pero observar a Gino desnudo delante de ella hacía que se olvidara de todo.

—¿Te gusta mi cuerpo?

Jordan no podía pronunciar una palabra. Sólo quería tenerle dentro. No le importaba que alguien les estuviera observando, que todo el mundo estuviera mirando, no le importaba nada más que el cuerpo de él dentro del suyo.

Y él lo hizo. Con tanta violencia que casi la tiró al suelo. Gino apoyó las palmas de las manos contra el cristal mientras su pecho tocaba el pecho de ella.

Jordan nunca había sentido nada parecido en su vida. Ni siquiera con él.

La intensidad del deseo era tal que Jordan pareció desdoblarse en

dos personas, como si al mismo tiempo que experimentaba aquel placer estuviera observándolo todo desde la distancia.

«¡Voy a estallar! ¡Oh! ¡Dios! ¡Voy a estallar!», gritaba Jordan dentro de su cabeza.

—¡Gino! ¡Oh, Gino!

Gino escuchó su nombre en los labios de ella mientras notaba cómo el cuerpo de Jordan comenzaba a tener espasmos.

En un remoto rincón de su cabeza que aún mantenía la cordura, Gino pensaba que ella debía de amarle para dejar que él le hiciera aquellas cosas. Tenía que amarle. La mujer que había conocido diez años atrás no había podido cambiar tanto.

Y si le amaba a él, no podía amar a Chad Stedley. Lo único que quería de él era casarse y tener hijos. Las mujeres siempre querían hijos.

Él podía darle hijos. Todos los que quisiera, si ella deseaba eso tan desesperadamente. Seguro que podrían llegar a algún tipo de acuerdo. Podían ser amantes, o vivir juntos. Su compromiso no incluía no poder vivir en la misma casa ni dormir en la misma cama con una mujer que no fuera italiana.

Sin embargo, el sentido común volvió a su cabeza cuando ella se soltó de las cortinas y empezó a volver en sí.

No era necesario que ella le amara para disfrutar con él de aquella manera. Decididamente, no era la misma mujer que antes. Había cambiado.

¿Había cambiado él?

Ella había dicho que antes todo había sido sexo, una atracción incontrolable que poco tenía que ver con el amor. Después de tantos años, Gino seguía estando obsesionado con ella.

Jordan deseaba que pasara aquella noche para librarse de él.

Mientras Gino la llevaba en brazos hasta el dormitorio, se prometía a sí mismo que eso no sucedería nunca.

Capítulo 13

Jordan sintió escalofríos cuando Gino la dejó sobre la fría colcha de satén de la cama.

—Iré a preparar un baño —dijo Gino.

Se quitó los zapatos y envolvió a Jordan dentro de la colcha.

—No te quedes dormida, ¿eh? —añadió acariciando la frente de ella suavemente.

Jordan le observó entrar en el baño tratando de entender aquel cambio de actitud. ¿Qué había pasado con el amante violento y desenfrenado de hacía sólo unos instantes? ¿Era aquella ternura real o una nueva estrategia para conseguir más cosas de ella?

—No tardaré mucho —dijo entrando de nuevo al dormitorio para ir al salón y tomar dos copas de champán y la bandeja con las fresas, las trufas y el caviar—. Después de todo, necesito reponerme. ¿Tú no? —dijo Gino sonriéndole antes de entrar de nuevo en el baño.

Las dudas se disiparon en la mente de Jordan. No era cariño ni ternura. Sólo seducción. Era una tonta al haber llegado a pensar otra cosa.

—Ya está listo. Sólo necesitamos una cosa más, mi amor —dijo él regresando de nuevo al dormitorio.

Gino se acercó a ella y apartó la colcha de la cama. Jordan trataba de no mostrar su nerviosismo, pero sentir el cuerpo desnudo de Gino contra el suyo no la ayudaba nada.

El cuarto de baño era tan romántico como decadente. Estaba iluminado únicamente por la luz de unas velas que Gino había colocado junto a las copas de champán.

—Si no te recoges el pelo, se te va a mojar —le sugirió Gino.

Jordan siguió su consejo sin dejar de mirarle.

—Eres tan hermosa… —dijo Gino besándola suavemente en los labios.

Gino la tomó de la cintura y ambos entraron en la bañera. El agua estaba deliciosamente caliente. Gino sentó a Jordan sobre él, de espaldas, y la abrazó por detrás.

—¿Estás cómoda?

—¿Lo estás tú?

—Tengo el presentimiento de que lo estaré enseguida. Esto es maravilloso, es como en los viejos tiempos, ¿recuerdas cuántas veces nos bañábamos juntos?

—Prefiero no hablar de entonces, Gino.

—Está bien. Bebamos un poco de champán —dijo él acercándole una de las copas.

—Prefiero tener mi propia copa, gracias.

—Como quieras, toma ésta.

Él se la dio, pero en lugar de tomar la otra copa empezó a pasarle lentamente la esponja por la espalda, por sus piernas, y Jordan se puso tan nerviosa que cuando Gino acarició sus pechos con la esponja derramó un poco de champán.

—Relájate. Échate hacia atrás, bebe un poco más de champán y deja que te acaricie —dijo él.

Era una tontería decirle que no. Estaba deseando que lo hiciera. Pero era incapaz de relajarse. La excitación que le provocaba con sus caricias hacía que cada músculo de su cuerpo entrara en tensión.

—Háblame de ese caso que acabas de ganar —dijo Gino.

Jordan se dio la vuelta para mirarle.

—No hablas en serio.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que pueda hacerlo mientras me estés haciendo esto.

—Sí, sí puedes, inténtalo.

Jordan suspiró cuando Gino empezó a pasar la esponja por su abdomen, sintiendo su cuerpo contra el suyo.

—Relájate y no te muevas. Venga, háblame de ese caso.

—No… no puedo.

—Sí puedes, venga, empieza. ¿Cuál fue al final la compensación que conseguiste para esa mujer?

—Tres millones.

—Una buena suma.

—Sí, pero Sharni no es una mujer feliz por eso.

No era dinero lo que buscaba, era justicia. El dinero no hace a la gente más feliz.

—Pero ayuda mucho.

—Supongo.

—Nunca deberías casarte con un hombre que no tuviera dinero.

—Me habría casado contigo hace diez años, cuando creía que no tenías un céntimo.

—Eso era porque entonces eras joven, impulsiva y romántica.

—¿Crees que ya no lo soy?

—¿Cómo vas a serlo si vas a casarte con Chad Stedley a pesar de que tú y yo sabemos que no lo amas?

A Jordan no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Prefería que sólo hubiera sexo.

—¿Podemos dejar de hablar de esto, por favor? No he venido aquí a hablar de Chad. Si lo amo o no, ahora mismo no tiene ninguna importancia. Él me ama y quiere casarse conmigo, que es más de lo que puedo decir de ti. Lo único que tú quieres de mí es sexo. Y, además, sexo pervertido.

—¿Llamas a esto ser un pervertido?

—Sí, como ese numerito que te has marcado antes en la ventana. Siempre has sido un pervertido, queriendo que fuera sin ropa interior, haciéndomelo en cualquier parte y en cualquier momento.

—Te encantaba.

¿Por qué había sacado aquel tema con lo mucho que le dolía recordar aquellos tiempos?

No podía permanecer quieta.

—No te muevas —protestó Gino tomándola por la cintura tratando de retenerla donde estaba.

—Quiero hacerlo y lo haré. ¿Lo ves? No puedes detenerme.

¿Detenerla? No quería detenerla. Nunca más. Había intentado capturarla, atormentarla, pero era inútil. El que se sentía mal era él.

La sangre le hervía en el cuerpo incitándole, empujándole. Ella se movía sobre él, temblando violentamente, gimiendo de placer.

«¡Al diablo!», pensó Gino sin poder aguantar más la excitación.

Capítulo 14

Jordan se despertó entre los cuatro barrotes de la cama. Lo último que recordaba era a Gino llevándola hasta allí envuelta en una toalla. Nada más. Había debido de quedarse dormida cuando él la tumbó en la cama.

La pequeña lámpara de una de las mesillas iluminaba tenuemente la habitación. Lo buscó a su lado, pero no estaba. Las luces del salón estaban encendidas y creyó oír un sonido procedente de allí.

—¿Gino? —preguntó Jordan levantándose de la cama y cubriéndose con el albornoz—. ¿Estás ahí?

Gino apareció de pronto por la puerta del dormitorio con una toalla roja sujeta a la cintura.

Sintiéndose vulnerable, Jordan tomó las solapas del albornoz y las cruzó para no mostrar sus pechos.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —preguntó ella.

—No mucho.

Gino se acercó a ella, se sentó en el borde de la cama y le soltó el pelo.

—He estado esperando que te despertaras con impaciencia —dijo besándola.

Como siempre, sus besos hicieron que le empezara a latir el corazón aceleradamente. Cuando la tomó por los hombros y la tumbó sobre la cama ella no hizo nada para detenerle.

Entonces, Gino tomó de la mesilla la botellita que había advertido Jordan al entrar y ella se estremeció.

—¿Para qué es eso?

—No te preocupes —dijo Gino suavemente—. Aquí dice que es una crema para estimular las relaciones sexuales. Es afrodisíaca y tiene un sabor muy exótico. Y, antes de que lo preguntes, te diré que no lo he comprado yo. Estaba aquí cuando llegué. Un detalle del hotel.

Jordan no conseguía relajarse.

—No pasa nada, tranquila —dijo Gino.

—No… no estoy segura de querer utilizar eso.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

Pero Jordan sí lo sabía. Tenía miedo de disfrutar, de sentir demasiado placer si él utilizaba aquella crema. Eso la volvería más loca aún, haría que perdiera la cabeza. Tenía miedo de llegar a hacer cosas de las que luego pudiera arrepentirse.

Gino observó el miedo en los ojos de Jordan. No quería obligarla, pero no quería dar marcha atrás.

—¿Por qué no lo haces tú? —sugirió Gino viendo la reacción de

sorpresa de Jordan.

Hasta aquel momento, él siempre la había dirigido a ella en la cama. Nunca había dejado que lo dominaran. Pero la idea le intrigaba. ¿Y si le gustaba? Quería probarlo.

—Toma —dijo dándole la botellita.

Gino se quitó la toalla y se tumbó en la cama cruzando los brazos sobre la almohada, bajo su cabeza.

—Hazme lo que quieras.

Gino empezó a sentir una intensa excitación.

«Sí, me va a gustar esto», pensó.

Jordan se sentó en la cama y observó el cuerpo desnudo de Gino sin saber qué hacer.

Ella siempre se había dejado dominar en la cama.

Había seguido sus movimientos, sus deseos. La idea de tener el cuerpo de él a su disposición despertaba en ella un deseo desconocido que nunca antes había sentido.

—¿Dejarás que te haga todo lo que quiera?

—Todo lo que quieras.

—No parece que necesites ninguna crema para excitarte, pero ¿dijiste que sabía bien, verdad? —dijo Jordan mirándole con picardía.

Jordan se sentó sobre él, con las piernas a ambos lados de su cuerpo, abrió la botellita y derramó un poco de crema sobre el cuerpo de Gino.

—¿Está frío? —preguntó Jordan sonriendo.

—Un poco.

—Bueno, no te quejes. Esto ha sido idea tuya —dijo Jordan dejando la botellita sobre la mesilla.

—A lo mejor me he equivocado.

—Pues por tu cara no lo parece.

Gino suspiró cuando ella se inclinó sobre él y empezó a extender la crema con su lengua por el cuerpo de él.

Era cierto, sabía muy bien, como a manzana. Y la incitaba, la incitaba a hacerle el amor con su boca.

Empezó a recorrerle con la lengua alrededor, lentamente. Jordan sintió el deseo ascendiendo por su cuerpo y le tomó dentro de su boca mientras se acompañaba con la mano llena de crema.

Gino empezó a agitarse, a gemir, pero no intentó tocarla ni detenerla. Jordan movía su boca lentamente, excitándose poco a poco escuchando los gemidos de él.

—¿No te gusta? —preguntó Jordan malévola parando un momento.

—Sigue, sigue.

Jordan le miró de repente y se sintió resentida. «Eso es lo que he intentado hacer desde que me dejaste, seguir, seguir adelante. Y ahora

aquí estoy, en la cama contigo, perdiendo el tiempo, sin ninguna esperanza», pensó Jordan. Se sentía furiosa al darse cuenta de que era incapaz de irse, estaba demasiado excitada.

Sin embargo, disfrutaba viendo la tensión en los ojos de él, descubriendo que también ella podía atormentarle. Quería seguir con aquel juego.

—Tengo que ir un momento al baño. No tardaré mucho. Quédate ahí y relájate —dijo Jordan.

Relajarse.

Gino se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación. ¿Cómo iba a relajarse? Respiró profundamente, mirando la puerta del cuarto de baño, deseando que se abriera y que ella regresara con él.

Unos instantes después, la puerta se abrió y apareció Jordan con una copa de champán en la mano avanzando hacia él sensualmente.

—Vuelve a poner las manos bajo la cabeza —dijo Jordan.

Su determinación le sorprendió. Obedeció sintiendo la sangre fluir por sus venas, deseando que llegara el momento en que él volviera a tener el control.

—Empiezo a darme cuenta de que es mucho mejor dar que recibir —dijo Jordan sonriendo.

Jordan subió a la cama con los zapatos de tacón puestos y la copa de champán en la mano. Gino sentía una excitación tan fuerte que casi le dolía.

—Vamos, vamos.

—Todavía no, sé buen chico y quédate como estás.

El pulso de Gino se aceleraba poco a poco viendo cómo Jordan mojaba un dedo en el champán y después se lo llevaba a la boca.

Entonces, Jordan dejó en el suelo la copa, se tumbó sobre él y le besó suavemente.

Gino se sintió confuso. En aquel momento, lo último que esperaba era una muestra de cariño y ternura como aquélla. Aquel gesto estaba haciendo que los sentimientos que tanto luchaba por enterrar afloraran de nuevo.

Gino dejó escapar un suspiro.

—Esto es lo que querías, ¿verdad? —dijo Jordan apartándose de él y empezando a mover su cuerpo sobre el suyo.

Gino quería decirle que no, que no era eso lo que él quería, pero su cuerpo no le obedecía. Gino intentaba controlarse para no llegar al orgasmo, no quería que ella le viera perder el control.

—Rendición total, Gino. Así se llama este juego. Lo sé porque yo ya he estado antes en el lugar donde tú estás ahora. Tienes miedo, miedo de que nunca nada vuelva a ser lo mismo. Para mí nunca nada

volvió a ser lo mismo. Hiciste que no pudiera estar con nadie más.

Gino comprendió lo que ella quería decir. A él le había pasado lo mismo. Siempre la había tenido en la cabeza. Siempre.

No sabía si seguían amándose o no, pero, tal vez, si se daban una oportunidad.

Pero no le dijo nada a Jordan. Sólo conseguía emitir sonidos de placer, de deseo.

Finalmente, llegó al orgasmo. Ambos quedaron tendidos sobre la cama, exhaustos.

Jordan se quedó tumbada sobre la cama sin moverse hasta que advirtió por la respiración de Gino que se había quedado dormido.

Esperó unos instantes más. Entonces, se levantó, fue recogiendo su ropa, diseminada por toda la suite, y se vistió. Después, se acercó a un elegante escritorio, y tomando una pluma escribió a Gino una nota que dejó apoyada bajo la base de la lámpara de la mesilla.

Tras mirarle una última vez con el rostro a punto de echarse a llorar, Jordan volvió al salón, se puso los zapatos y se fue.

Capítulo 15

Gino se despertó solo en el dormitorio iluminado por la luz del día. Se incorporó y miró alrededor.

—¿Jordan? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta.

Salió de la cama y entró apresuradamente en el cuarto de baño.

Tampoco estaba allí.

Ni en el salón.

No había duda, se había ido. Se sintió abatido y furioso.

¿Por qué había escapado como un ladrón en la noche?

Volvía de nuevo hacia el cuarto de baño cuando advirtió un trozo de papel doblado sujeto bajo la base de la lámpara de su mesilla.

Lo tomó y lo abrió.

Querido Gino:

Me he ido de esta manera porque no habría soportado desayunar contigo como si fuéramos una pareja feliz. Anoche fue maravilloso, pero no hay futuro para nosotros. Sólo somos barcos que se cruzan en la noche, igual que hace diez años. Por favor, no me persigas. No servirá de nada. Mi futuro ya está trazado y no hay lugar en él para ti. Vuelve a Melbourne y cásate con tu novia italiana. Porque es italiana, ¿verdad? Qué tonta, por supuesto que lo es.

Ciao. Jordan.

Gino se dejó caer abatido en el borde de la cama. Estaba destrozado.

Qué error tan grande había cometido la noche anterior al no confesarle a Jordan toda la verdad. ¿Por qué no le había dicho que había roto su compromiso con Claudia? Desde el momento en que llegó a la cena todo había sido confuso.

Ahora, después de que Jordan lo hubiera abandonado de aquel modo, su mente se había aclarado.

Volvió a leer la nota una y otra vez, tratando de leer entre líneas, intentando buscar dobles sentidos, alguna esperanza.

Pero no encontró ninguna.

Aquella frase suya en la que afirmaba con tanta rotundidad que no había futuro para ellos le recordaba amargamente la promesa que él le había hecho a su padre en su lecho de muerte. Jordan quería casarse y él no podía darle lo que ella quería.

No había nada en aquella nota que le levantara el ánimo. Nada excepto, tal vez, el final, la parte en la que hablaba de su novia italiana. ¿Acaso estaba un poco celosa? ¿Por qué iba a estarlo si a ella ya no le importaba?

Era poco a lo que agarrarse, pero era cuanto necesitaba. No podía regresar a Melbourne sin haber agotado hasta la última posibilidad. Si existía la más mínima oportunidad, tenía que aprovecharla.

No sabía qué hora era, pero, a juzgar por la luz, debía de ser muy tarde. Debía darse prisa.

Mientras tanto, Jordan se hallaba en su casa, sola y decepcionada consigo misma. Había estado llorando desde que llegó a casa de madrugada. No había podido dormir ni comer nada.

Tal vez si llamara a Chad e hiciera lo que tenía que hacer, se sentiría mejor. Sería la hora de comer en Nueva York.

Con el auricular en la mano, Jordan se preparó para hacer una de las peores llamadas de su vida. Después de unos largos segundos durante los cuales albergó la esperanza de que Chad no respondiera al teléfono, respondió una voz de mujer.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con Chad, por favor? —preguntó Jordan reuniendo todas sus fuerzas.

—Chad, cariño, es para ti —susurró al otro lado del teléfono aquella voz de mujer.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Chad.

—¿Chad? Soy Jordan.

—Jordan…

—Sí, Jordan, ¿te acuerdas? Tu prometida.

—Ah.

—¿Qué pasa?

—Iba a llamarte ahora mismo —dijo Chad, y Jordan advirtió la culpabilidad marcada en la voz.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Jordan con la voz desencajada.

—Era Caroline.

—¿Y quién demonios es Caroline?

—Fue mi novia hace algún tiempo. Antes de que fuera a Australia. Nosotros… nos peleamos y yo pensé… bueno… Pensé que ya no me quería.

—Y te quiere, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tú la quieres a ella?

—Sí, la quiero. Lo siento, Jordan. Jordan no sabía qué decir.

—Mira, antes incluso de que decidiera volver con Caroline empecé a darme cuenta de que lo nuestro era un error. Los hombres como yo lo que deseamos es una mujer cuyo máximo sueño en la vida sea formar una familia. Tú eres una mujer extraordinaria, Jordan, y el tiempo que hemos pasado juntos ha sido maravilloso. Pero la verdad

es que no eres el tipo de mujer que estoy buscando.

—¿Qué quieres?, ¿una mujer estadounidense?

—Entre otras cosas.

«Igual que Gino desea una mujer italiana», pensó Jordan.

—Lo siento, Jordan —añadió Chad. Jordan no quería escuchar ninguna disculpa. No quería saber nada más de él. Nunca, nunca más.

—Acerca del anillo… —dijo Chad.

—¿Qué pasa con el anillo?

—Me gustaría que me lo devolvieras cuanto antes, ¿puedes enviármelo por correo aéreo? Caroline y yo hemos organizado una fiesta de compromiso el fin de semana que viene.

Jordan no podía creerlo. El comportamiento de los hombres nunca dejaba de sorprenderle.

—No te preocupes. Será la primera cosa que haga mañana —replicó ella.

—Estás disgustada conmigo, ¿verdad?

«¡Qué intuitivo!», pensó Jordan.

—No, Chad, lo que estoy es liberada.

—¿Liberada?

—Sí, liberada. Si alguna vez me caso, será con un hombre que me ame. Y tú no me amas, Chad. Adiós —dijo colgando el teléfono antes de que él pudiera decir nada.

Jordan se sentó en una silla y rompió a llorar.

No por Chad, sino por la certeza de que ningún hombre la había amado de verdad en toda su vida. No lo suficiente como para querer casarse con ella.

Sexo. Eso era lo único que los hombres buscaban en ella.

—Ya está bien —dijo Jordan en voz baja levantándose.

Se dirigió al baño para ducharse por segunda vez aquel día. La primera vez había pretendido hacer desaparecer de su cuerpo el olor a sexo que la impregnaba. Esa vez lo hacía para acabar de una vez por todas con las lágrimas.

Estuvo en la bañera mucho tiempo, dejando que el agua caliente de la ducha recorriera su cuerpo y su rostro. Después se secó el pelo y se puso el albornoz rosa que tenía colgado en la puerta.

Tenía que comer algo, de modo que fue a la cocina a prepararse unas tostadas y un café. Estaba encendiendo la tostadora cuando, de pronto, sonó el portero automático.

Jordan se quedó paralizada.

No podía ser nadie más que él.

—¿Quién es?

—Soy yo, Gino.

Jordan sintió que se desmayaba.

—¿Cómo sabes dónde vivo? ¡Ah, calla! Se me había olvidado que

estuviste investigándome.

—Déjame pasar, por favor.

—Si te digo que no, te quedarías ahí fuera todo el día, ¿verdad?

—Sí.

Jordan pulsó el botón en el portero automático y volvió a la cocina. El café estaba hirviendo y las tostadas ya habían saltado. Se le habían quitado las ganas de comer. Apartando a un lado las tostadas, se sirvió una taza de café solo.

Pensó en arreglarse el pelo, o cambiarse de ropa, pero decidió que era mejor recibirle así, con los ojos amoratados, la cara hinchada y el pelo revuelto. De esa manera él vería cómo era en realidad, en la intimidad, y huiría despavorido.

Desde la puerta le llegó el sonido de la mano de Gino golpeándola suavemente.

«¿Qué quiere ahora de mí?», pensó Jordan mientras tomaba el picaporte para abrir la puerta.

Si lo que iba buscando era más sexo, estaba listo. Ya no podía obligarla a hacer nada, su historia con Chad había terminado.

Respiró profundamente varias veces y abrió la puerta, componiendo para él su mejor cara de frialdad e indiferencia.

Estaba increíble, tan atractivo con aquellos pantalones vaqueros negros y una chaqueta de cuero negra, arreglado, seductor; ninguna chica se le habría resistido.

Pero ella ya no era una chica. Ahora era una mujer adulta dueña de sus decisiones y de sus actos.

Era el momento de demostrarlo.

—¿Qué quieres ahora, Gino? Creo haberlo dejado todo claro en la nota —dijo con seriedad.

—Has estado llorando. ¿Por qué? —preguntó Gino en un tono de voz cariñoso y protector que la conmovió.

—Las mujeres lloramos a todas horas.

—Nunca lo hacías cuando estábamos juntos.

—Es que por entonces era feliz.

—Y ahora no lo eres, ¿verdad?

La puerta de un apartamento cercano se abrió y Jordan se puso un poco nerviosa.

—Será mejor que pases —dijo Jordan.

Prefería que los vecinos no escucharan la conversación.

Gino no dudó ni un momento y entró con decisión. Jordan cerró la puerta detrás de él.

Gino se quedó impresionado por la amplitud y la sofisticación del apartamento. Pero la decoración no le gustó en absoluto. Demasiado austera. Excepto el suelo de madera, todo era de color blanco y negro.

Ningún toque de calidez, de color, ni fotografías, ni cuadros en las paredes, ni objetos de adorno en las mesas. Todo era tan frío, tan desapacible, tan poco acogedor.

¿Era aquello un reflejo del estado de ánimo al que Jordan había llegado durante aquellos años? Gino estaba dispuesto a averiguarlo, a contarle toda la verdad, con todas las consecuencias.

—¿Te apetece un poco de café? —preguntó Jordan—. Me lo estaba sirviendo cuando llegaste.

Gino observaba cómo ella mantenía las distancias, sus manos dentro de los bolsillos, el cuerpo encogido y el rostro hinchado por las lágrimas. Parecía tan vulnerable… Gino se sentía culpable. Estaba así por su culpa, él la había llevado a ese estado.

—Sí, gracias —respondió.

—¿Solo y con tres terrones de azúcar? —preguntó ella.

—¿Lo recuerdas? —preguntó conmovido.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Lo tomabas a todas horas.

—Soy italiano. Nos encanta el café.

—No me lo recuerdes.

—¿Que me gusta el café?

—No, que eres italiano —dijo Jordan volviendo a entrar en la cocina, desde donde podía ver el salón.

Allí estaba Gino, deambulando y observando aquella horrible decoración, negando con la cabeza mientras observaba desde lejos la cocina, decorada en blanco, blanco por todas partes.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jordan desde la cocina sin dejar de preparar el café.

—¿Qué significa qué?

—Ese gesto. Puedo verte desde aquí.

—Me preguntaba por qué estás tan obsesionada con el blanco.

—El blanco es muy práctico —dijo ella mirando a su alrededor—. Hace juego con cualquier cosa.

—Sí, sobre todo con el negro —dijo Gino irónicamente.

—A Chad le encantaba esta casa.

—Eso dice mucho de él —respondió Gino.

Pero, de pronto, se dio cuenta de algo.

—Has dicho «le encantaba». ¿Por qué lo has dicho en pasado?

Jordan carraspeó. Sin darse cuenta había abierto la caja de Pandora. Ya no podía volverse atrás. Tenía que contarle la verdad. Nunca había sido una mentirosa. Odiaba las mentiras.

—Le llamé esta mañana con la intención de romper nuestro compromiso. Pero él se me adelantó.

—¿Ha roto vuestro compromiso?

—Sí. Ha descubierto que prefiere a una buena chica

estadounidense. Se llama Caroline. Creo que ha pasado la noche con ella.

—¿Por eso has estado llorando?

—¿Tú qué crees?

—Creo que ha sido lo mejor que podía pasarte, Chad no te amaba.

Jordan le dirigió a Gino una mirada de reproche mientras salía de la cocina con el café.

—Habló un experto en el tema —dijo Jordan poniendo las tazas sobre la mesa y regresando a la cocina a por galletas de chocolate.

—Si fueras mi prometida, no miraría a ninguna otra mujer —dijo Gino.

—Bueno, no te preocupes, eso no va a pasar nunca. Tuviste una oportunidad hace diez años y no quisiste aprovecharla. Me dejaste y nunca volviste a pensar en mí hasta que te encontraste el otro día conmigo por casualidad.

—Eso no es cierto. Desde que te abandoné hace diez años no he pasado un solo día de mi vida sin pensar en ti. ¿Por qué crees que nunca me he casado? Te diré por qué. Porque si no podía tenerte como esposa, prefería no tener a nadie. Esa es la verdad. Y si no volví por ti durante diez años, fue porque no podía darte lo que tú te merecías. Además, estás equivocada al pensar que el otro día nos encontramos por casualidad.

Jordan le miró fijamente.

—Durante diez años he estado evitando venir a Sidney. Cualquier negocio que saliera aquí, cualquier cosa, la delegaba en otra persona. Debía mantenerme alejado de esta ciudad, de tu ciudad. Han pasado diez años. En los últimos tiempos he estado saliendo con esta chica italiana, y mi familia me ha estado presionando para que me case con ella. Al fin y al cabo, el tiempo pasa y me pareció estúpido aferrarme a nuestra historia de amor, por muy romántica que hubiera sido. Quería casarme y tener hijos. Sabía que no amaba a Claudia, pero me decía a mí mismo que los matrimonios entre italianos no siempre son por amor. Muchas veces son por conveniencia. Intenté convencerme a mí mismo de que podía funcionar.

Jordan estaba sorprendida por lo mucho que se identificaba con sus palabras. Aquel viaje que ella había hecho a Italia, pensando continuamente que él podía estar allí, cerca de ella, sin poder encontrarlo, la había destrozado.

—Pero sabía que no podía hacerlo sin venir a Sidney antes. Necesitaba saber cómo me afectaría estar en tu ciudad. Hay un edificio abandonado en el Distrito de los Negocios que mi padre compró antes de morir. Le dije a mi madre que había llegado el momento de utilizarlo para construir algo. En realidad, era una excusa para venir aquí. En cuanto aterricé, los recuerdos me asaltaron y supe

que necesitaba saber qué había sido de ti. Pensaba que, siendo tan hermosa, estarías casada y tendrías ya varios hijos. Me quedé muy sorprendido cuando la agencia que contraté me dijo que seguías soltera y eras abogada. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando me dijo que trabajabas en Stedley & Paricinson. ¡Acababa de estar allí aquella tarde! Esa casualidad me volvió loco. Tenía que verte. De modo que aquel día, cuando saliste del trabajo, te hice seguir. Así es como supe dónde estabas. No fue una casualidad.

Jordan no sabía qué pensar. Ni qué sentir.

—¿Por qué no me dijiste la verdad aquel viernes?

—Ojalá lo hubiera hecho. Pero no estaba seguro de lo que tú sentirías por mí. O cómo sería tu vida. Me dije a mí mismo que sólo quería verte una última vez, cerciorarme de que eras feliz. Pero cuando empezamos a bailar… perdí la cabeza. Además, no olvidaba que te había mentido durante aquellos diez años. Sabía que no te sentaría bien. Cuando te tuve entre mis brazos, tuve miedo de perderte si te lo decía. Y eso fue lo que pasó. Me rechazaste en cuanto te lo dije y me destrozaste comprometiéndote con otro hombre.

—¡Podrías haberme dicho todo esto durante la cena! —dijo Jordan tratando de no creerse todo lo que él le dijera sin discutirlo.

Con los años, por su trabajo, se había dado cuenta de que la gente distorsionaba la verdad constantemente.

—¿Después de haberme enterado que estabas comprometida con otro hombre? Vamos, Jordan, ¿lo habrías hecho tú? Tengo mi orgullo.

—¡Y yo el mío!

—No quiero discutir de estas cosas. He venido a contarte toda la verdad. A que veas las cosas como son.

—No todo el mundo ve las cosas de la misma manera —dijo Jordan.

—Una respuesta típica de una abogada.

—Una abogada que está cansada de que le mientan y la utilicen. Tus acciones siguen siendo más reveladoras que tus palabras.

—Son mis acciones las que me han traído aquí hoy. Podía haber tomado mi avión y haber regresado a Melbourne esta mañana. Pero no lo hice. He venido aquí para hablar contigo. Al menos, podrías escucharme.

—Sólo si quiero.

—No voy a irme hasta haberte contado todo lo que tengo que decirte.

—En eso caso tómate el café, se va a quedar frío.

Gino fue hasta la mesa y tomó la bandeja con las tazas y el café.

—¿Me quieres decir qué estás haciendo? —preguntó Jordan siguiéndole con la bandeja en la mano.

—Nos tomaremos esto en la terraza. Este sitio me da náuseas.

—Lo que pasa es que no tienes estilo. Esto es el último grito en minimalismo.

—Si estuviéramos en Nueva York, podría entenderlo. Pero, diablos, vives en Australia, una tierra llena de colores y contrastes. ¿Cómo puedes vivir en un sitio como éste? Al menos, desde la terraza, podemos ver el azul del mar y sentir el calor del sol.

—Parece que disfrutas criticando mi casa.

—La critico porque me preocupo por ti.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde la primera vez que te vi. Ahora, por favor, vamos a dejar de discutir. ¿Puedes abrirme la puerta? Con la bandeja en las manos no puedo.

Jordan hizo lo que le pedía.

Gino se sentía más esperanzado que unas horas atrás, cuando se despertó solo y leyó su nota.

Salieron a la terraza. Hacía un día precioso, cálido y no había demasiado viento a pesar de estar en agosto. Los barcos entraban y salían del puerto.

—No me digas que aquí no estamos mucho mejor —dijo Gino dejando la bandeja sobre una mesa y sentándose en una de las sillas.

—Hablaremos todo lo que haga falta, pero tranquilamente. No quiero que nos oigan los vecinos.

—Yo no quiero discutir más, ¿y tú?

—Desde luego que no.

—Perfecto. ¿Te parece que antes nos tomemos el café?

Gino se tomó el café rápidamente y comió algunas pastas. Jordan, en cambio, lo hizo con tranquilidad, a pequeños sorbos. Había perdido el apetito otra vez.

No quería caer de nuevo víctima de la seducción y el encanto de Gino. Ni de aquella súbita declaración de cariño.

—Quiero hacerte una proposición —dijo Gino.

—Estoy segura.

—No es esa clase de proposición.

—Entonces, ¿qué es?

—Quiero que vengas conmigo a Melbourne.

Jordan le observaba fijamente.

—Ya sé lo que piensas. Crees que todo esto es falso, que en realidad no me importas, que lo único que quiero de ti es sexo. Quiero demostrarte que estás equivocada. Tendrás tu propia habitación durante todo el tiempo que estés conmigo. No habrá sexo. Nos dedicaremos a conocernos el uno al otro. De ese modo descubriremos si lo que sentimos el uno por el otro es amor o sólo deseo.

—¿Y si es amor? ¿Qué pasará entonces? No querrás casarte conmigo.

—Afrontaremos eso cuando llegue el momento —respondió Gino.

—Yo… no lo sé, Gino —dijo Jordan tratando de ser fuerte, de conservar la calma.

Pero… ¿y si realmente él la amaba?

Jordan tomó el último sorbo de su taza de café admitiendo para sí misma lo que durante tanto tiempo se había negado a reconocer: todavía le amaba, le había amado desde el primer día que le conoció y siempre le amaría.

Era imposible negarse. No tenía las fuerzas suficientes.

—Está bien —dijo con tranquilidad a pesar de darse cuenta de que con aquella decisión corría un gran riesgo, el riesgo de que, si salía mal, se quedaría con el corazón destrozado para siempre.

—¿Quieres decir que vendrás conmigo? —dijo Gino con una enorme sonrisa en el rostro.

—Hoy no. Mañana tengo que trabajar y todavía tengo que solucionar algunas cosas. Tengo clientes, gente que depende de mí.

«Y un anillo que tengo que devolver a Chad», pensó.

—¿Por qué no dejas la empresa? Eres muy buena en tu trabajo, puedes encontrar trabajo en cualquier sitio. Por ejemplo, en Melbourne.

—Prefiero no hacerlo. Si las cosas no funcionan entre nosotros, no me quedaré allí.

—Funcionarán.

—Iba a dejar este trabajo de todas formas. Estoy agotada. Pensaba pasar una temporada lejos.

—Sé que estás cansada, se nota.

—No puedo prometerte nada —dijo Jordan conmovida por el tono dulce y amable de la voz de Gino.

—No tienes que hacerlo.

—Si intentas seducirme, me iré inmediatamente.

—Te prometo que no lo haré.

Jordan observó el puerto pensativa.

—Una semana. Te daré una semana —dijo ella finalmente.

—No es mucho tiempo.

—Eso es lo que hay —dijo Jordan con firmeza.

—De acuerdo. Una semana.

Capítulo 16

—¿Qué sucede? —preguntó Kerry viendo salir a Jordan del despacho de Frank. Era lunes por la mañana.

—No tienes buen aspecto.

Jordan había pensado durante toda la noche en qué le diría a Kerry cuando la viera. Al final, decidió contarle toda la verdad. Se lo merecía.

—¿Tienes un momento para tomarte un café conmigo? —le preguntó Jordan.

—¿Ha pasado algo malo?

—No, nada malo. Las cosas cambian, nada más.

—¿Las cosas cambian? ¿En qué sentido? —preguntó su amiga con los ojos muy abiertos.

—Acabo de dejar el trabajo —dijo Jordan respirando profundamente.

—¿Qué? Dios mío. ¿Por qué? —preguntó Kerry sobresaltada.

—No te lo puedo contar aquí dentro.

—¿Qué le has dicho a Frank?

—Le he dicho que Chad había roto su compromiso conmigo durante el fin de semana y que necesitaba estar sola una temporada.

—¡Pero no lo ha hecho!

—Sí lo ha hecho, Kerry. Pero la verdad es que, si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho yo. No lo amaba lo suficiente como para casarme con él.

—Todo esto no será por aquel tipo italiano, ¿verdad?

Jordan no sabía si reír o llorar.

La noche anterior la había pasado intentando sentirse optimista, intentando pensar en un futuro esperanzador con Gino. Pero en lo más profundo de su corazón sabía que iba a salir mal. El nunca se casaría con ella. Ella nunca aceptaría vivir con él sin estar casados. Por otro lado, sabía que nunca podría casarse con nadie que no fuera él. ¿Por qué, entonces, no aprovechar lo que le ofrecía la vida mientras durase?

—Prefiero contártelo en otro sitio, donde no nos oigan.

—Como quieras. Espera que vaya a decirle a Frank que estaré fuera durante un rato. Le diré que no te encuentras bien y que necesitas salir a tomarte algo.

—Buena idea —dijo Jordan.

Después de todo, no estaba muy lejos de la realidad. Dejar aquel trabajo había sido una de las cosas más duras que había hecho nunca. Afortunadamente, Frank había estado encantador. Le había prometido que otro abogado se haría cargo de todos sus clientes y de todo su

trabajo.

Pocos minutos después, Jordan se encontró sentada a una mesa con un capuchino en la mano y con Kerry enfrente deseando escuchar toda la historia.

—Antes de que llegues a ninguna conclusión, quiero que sepas que no había decidido romper con Chad sólo por el recuerdo de aquel antiguo novio italiano. He vuelto a encontrarlo hace poco.

—¿Te encontraste con él? ¿Dónde?

Jordan había decidido no contarle nada sobre cómo había ocurrido, nada sobre el bar Rendezvous.

—En la cena para los nuevos clientes del viernes pasado. Me sentaste junto a él.

—¿Quieres decir que Gino Bortelli es tu antiguo novio italiano? —preguntó Kerry sorprendida.

—Sí.

—Dios mío. Pero… no es ningún obrero. Es un triunfador y, además, millonario. Por lo que he oído, su familia es muy importante.

Jordan le relató todo lo que había sucedido durante los últimos años tal y como se lo había contado Gino.

—Ahora ya entiendo por qué actuaste de una forma tan extraña aquel día. Pasaste la noche con él, ¿verdad?

—Sí —admitió Jordan.

—Y apuesto a que el domingo también.

—No, el domingo sólo hablamos. Me pidió que me fuera con él a Melbourne. Le dije que lo haría.

—¡Jordan! ¡No seas tonta! Te estuvo utilizando durante diez años y te seguirá utilizando. Los hombres como él cambian de novia con la misma facilidad con que cambian de coche.

—Todo eso ya lo sé. Pero tengo que hacerlo. No tengo otra opción.

—¿Tanto le amas?

Las lágrimas afloraron a los ojos de Jordan.

—Si sale mal y necesitas volver, Frank te readmitirá en el acto. Lo sabes, ¿verdad? —dijo Kerry conmovida.

—Gracias por decirlo. Pero no volveré. Si las cosas salen mal con Gino, me iré muy lejos. Tal vez a Londres. Mi padre era de allí.

—Entonces, ¿esto es una despedida?

Jordan no lo sabía. No era de esas personas que son capaces de mantener el contacto con los viejos amigos. Su historia con Gino y la muerte de su madre la habían convertido en una solitaria. Cuando decidía irse de un sitio lo hacía de verdad.

—Seguiremos en contacto. Te lo prometo —se oyó Jordan decir a sí misma.

Capítulo 17

Cuando Gino la vio saliendo por la puerta de la sala de llegadas del aeropuerto sintió deseos de correr hacia ella y abrazarla.

En cambio, sonrió y se acercó a ella lentamente.

Ella no le devolvió la sonrisa, sus ojos parecían de piedra.

—¡Hola! —dijo Gino pensando, al verla, si Jordan se lo estaba pensando mejor.

—Hola —dijo Jordan.

—¿Qué tal el vuelo?

—Así así.

Gino intentaba que el desánimo de ella no le afectara. Pero no era fácil.

—Tengo un coche esperando fuera. ¿Tienes mucho equipaje?

—Sólo una maleta. Espero haber traído suficiente ropa de abrigo. Me he quedado helada cuando el piloto dijo al aterrizar que hay cero grados ahí fuera.

Observó los finos pantalones negros de Jordan. Quizás fueran adecuados para trabajar en una oficina, pero no para el invierno ventoso y frío de Melbourne.

—Es cierto, hace mucho frío. Pero en mi casa hace una temperatura muy agradable.

Charlaron durante un rato de cosas sin importancia mientras esperaban a que su equipaje saliera por la banda circular. Jordan estaba tensa y escéptica, pero relajada. El que él le hubiera dicho que no habría sexo durante aquella semana la ayudaba.

Gino había estado preocupado durante aquellos días pensando si sería capaz de contenerse. Pero ningún sacrificio era bastante si conseguía que ella se convenciera de que sus intenciones eran sinceras.

—Ésa es la mía —dijo Jordan señalando una bolsa de viaje no muy grande.

—Traes poco equipaje —dijo Gino tomándola sonriendo.

—No tengo mucha ropa —replicó ella seria mientras se encaminaban hacia la salida.

—No te preocupes, iremos a comprar ropa mañana. Melbourne es la capital de la moda en Australia.

—Primero criticaste mi apartamento y ahora mi ropa —dijo Jordan enfadada.

—No tengo nada contra tu ropa. Pero, definitivamente, el negro no es el color que mejor te sienta.

—No quiero que me compres ropa —dijo Jordan con firmeza.

—Está bien. Sólo pensé que te gustaría. A la mayoría de las mujeres les gusta ir de compras. Y más cuando no pagan ellas.

—Yo no soy como el resto de las mujeres. Tampoco soy tu criada. Si alguna vez lo soy, entonces podrás utilizarme como te plazca. Hasta entonces tómame como soy.

—Dijimos que no te tomaría de ninguna manera.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No estoy seguro. No me he ofrecido a comprarte ropa con la intención de desvestirte y disfrutar del espectáculo, sino para decirte que eres una mujer muy hermosa que debería vestirse de forma más femenina. A veces me da la impresión de que se te ha olvidado.

—Ya te dije que había cambiado.

—Pues no ha sido para mejor.

—No he venido hasta aquí para discutir contigo.

—¿De verdad? Estabas deseando pelearte conmigo desde el momento en que bajaste del avión.

Aquella acusación enfureció a Jordan, pero era cierta. Se había puesto en guardia nada más verlo con aquel espléndido traje gris, con su abrigo y su elegante bufanda alrededor del cuello. Se había sentido a disgusto, insegura.

Le gustaba más el Gino de diez años atrás, aquél que vestía siempre con pantalones vaqueros, camiseta de manga corta y hablaba con acento italiano. El Gino con el que estaba ahora era demasiado perfecto, demasiado elegante, demasiado inteligente.

—No debería haber venido —dijo Jordan.

—No digas tonterías. Te encontrarás mejor cuando lleguemos a casa y te tomes una copa de vino. Incluso cocinaré para ti si quieres. ¿Te gustaría?

—¿Todavía cocinas? —preguntó Jordan mirándole a los ojos.

—No suelo hacerlo. Pero lo haré para ti.

—¿Puedo comprar yo la comida?

—Sólo si me dejas llevarte de compras mañana.

—Ahora eres mucho mejor negociador que hace diez años.

—Antes no necesitaba serlo. También tú eres muy cabezota a veces.

—Y tú siempre has sido un egocéntrico.

—Vale, renuncio a seguir hablando contigo. Me callaré hasta que lleguemos al coche y vayamos a casa —dijo tomando la bolsa con la mano derecha mientras la tomaba del brazo con la izquierda.

Cuando hubieron salido él la ayudó a entrar en la parte de atrás de una enorme limusina blanca.

—No necesitas impresionarme.

—Lo hago para que veas que no perderás tu situación económica por haber dejado a Chad Stedley.

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero vivo muy bien siendo abogada. Tengo un piso que me encanta y un coche muy bonito.

—Y una ropa horrible.

—¿Quién está ahora intentando discutir?

—No puedo evitarlo.

—¿Por qué te crees un experto en moda femenina?

—Porque tengo seis hermanas.

—¡Seis!

—Dos mayores que yo y cuatro más pequeñas. Todas ellas son unas fanáticas de la ropa. Cuando salían de compras con mi madre, mi padre se negaba a ir, pero a mí me llevaban siempre con ellas, querían la opinión de un hombre.

—¿Por qué nunca me has contado que sois una familia tan grande? ¿Por qué me hiciste creer que eras hijo único? —preguntó Jordan.

Gino tenía que hacerle comprender por qué le había mentido. Pero no iba a ser fácil.

—¿Sabes lo que significa ser el único hijo varón en una familia italiana?

—No.

—Yo soy el único hijo varón de mi padre y, por lo tanto, su heredero, el único que podía hacerse cargo de los negocios cuando él se retirara o muriera. Siempre recuerdo a mi padre recordándome mis deberes, mi responsabilidad. Mi futuro estaba decidido desde el principio, no había discusión. Debía ser ingeniero como él, sentir la cultura y las raíces italianas como propias. Por eso me mandaron a estudiar a la Universidad de Roma. Estuve con unos tíos hasta que me gradué, viviendo a la manera italiana. Mi tía me presentaba continuamente a chicas italianas en edad de casarse. Seguro que pensaba que eran dulces vírgenes inocentes. Por supuesto, ninguna lo era. Ni una.

—Ya.

—No me malinterpretes. Eran bonitas y muy simpáticas. Pero nunca me enamoré de ninguna de ellas. El caso es que, al fin, terminé los cuatro años de la carrera. Echaba mucho de menos Australia, tanto como estaba harto de aquella vida a la italiana. Yo había nacido en Italia, pero mi familia se fue a Australia cuando yo sólo tenía un año. Australia era mi país, mi hogar. Además, estaba harto de que todo el mundo supiera que yo era el hijo de Giovanni Bortelli. Nunca estaba seguro de si la gente me estimaba por mí mismo o por mi padre —suspiró—. Cuando volví y mi padre me pidió que me pusiera al frente de los negocios, estallé. Le dije que no podía más, que necesitaba espacio, liberarme durante un tiempo del peso de ser su hijo. Contra su voluntad, aceptó concederme un año, seguramente porque vio que estaba decidido, que si no lo aceptaba, yo me marcharía para siempre. Me negué a decirle adonde iba a ir, pero al final se lo dije a mi madre. No dónde iba a vivir, pero sí dónde iba a trabajar. Por eso supo dónde

encontrarme cuando mi padre enfermó.

Gino tomó la mano de Jordan y la envolvió con las suyas.

—Te prometo que no quería hacerte daño. Pero lo hice. Sólo era un chiquillo haciéndome pasar por un hombre. Fui un egoísta y un egocéntrico. Pero ahora he cambiado, ahora soy un hombre de verdad, capaz de preocuparme por los demás. Te prometo que no volveré a nacerte daño.

Jordan quería creerle. Le creía. O, al menos, creía que tenía buenas intenciones. Pero él volvería a hacerle daño. Las historias como aquélla siempre estaban condenadas a repetirse.

Aquella enorme familia italiana, por ejemplo, era un obstáculo para afrontar un futuro juntos. Además, estaba aquella promesa que le había hecho a su padre. Él nunca se casaría con ella.

Pero nada de eso importaba mientras Gino envolvía su mano entre las suyas y la miraba a los ojos.

—Está bien, Gino. Ahora comprendo lo que ocurrió hace diez años. Y te perdono.

—No sabes lo que significa para mí escucharte decir eso.

—¿Sabe tu madre que existo?

—No.

—¿Vas a hablarle de mí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Si quieres, hoy mismo.

—No, no quiero que lo hagas todavía.

Jordan miró la calle a través de la ventanilla. Había empezado a llover.

—Nunca había estado en Melbourne —dijo Jordan.

—Te gustará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo vivo aquí.

—Eres tan arrogante…

—No es arrogancia. Es que estoy seguro. Eres abogada. Deberías saber reconocer la diferencia.

—Soy abogada… ¿Cómo me describirías? ¿En qué fue lo primero que pensaste cuando nos conocimos?

—Pensé que eras preciosa.

—Vaya, veo que no profundizaste demasiado que digamos.

—La primera impresión que tiene un hombre de una mujer siempre es física, hormonal. Pero luego, al final de la noche, me di cuenta de que, además, eras una mujer inteligente, trabajadora y encantadora.

—Adulador.

—Aún no he terminado. Una vez que me hube mudado a tu piso y

vivido contigo, descubrí que poseías una combinación de virtudes única. Eras dulcemente inocente pero capaz de una intensa sensualidad. A veces cabezota y con mucho carácter, pero casi siempre suave y generosa. Lo que más me impresionó, sin embargo, fue tu lealtad. Siempre sentí que tu amor me pertenecía por entero. Nunca me preocupé de que miraras a otro hombre. No mientras estábamos juntos.

Aquel último cumplido la sorprendió mucho. En realidad, nunca había habido ningún otro hombre en su vida, ni siquiera después de que él la dejara. Por eso estaba allí ahora, sacrificándolo todo por estar con él.

—¿Y ahora, Gino? ¿Cómo soy ahora?

—Sigues siendo aquella mujer que conocí, Jordan. En lo más profundo sigues siendo la misma. Debajo de esa sofisticada fachada que te has construido durante estos años. Sigues siendo una mujer generosa que se preocupa mucho por los demás. Pude percibirlo en tu voz cuando me hablaste del caso Johnson. Sin embargo, ser abogada te ha hecho también un poco cínica.

—Con las cosas que llegas a ver y oír es imposible no serlo. La gente es mala.

—Algunas personas son malas, Jordan. Hay mucha gente buena en el mundo. No dejes que una minoría determine tu forma de ver las cosas. Sé que aquella compañía de seguros se portó muy mal con tu padre. Pero la venganza, a la larga, es un sentimiento destructivo. De verdad, creo que es un buen momento para que descanses del mundo de las leyes.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Me refiero a dejarlo por algún tiempo, no sólo una semana.

Jordan sabía a qué se refería. Quería que ella se quedara allí a vivir con él. Ser su mujer aunque no estuvieran casados.

—Vayamos poco a poco.

—De acuerdo.

Capítulo 18

—Me encanta este sitio, Gino.

Gino levantó la vista del guiso que estaba haciendo y le sonrió.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro!

—¿Seguro que no te parece demasiado ecléctico y caótico?

—Para nada.

Jordan comprendió en ese momento por qué a él no le había gustado su apartamento. La casa de Gino era lo más opuesto al minimalismo. Todo estaba lleno de color.

Las paredes estaban pintadas de un suave color crema, el suelo cubierto de alfombras verde oscuro y la carpintería era una mezcla de estilos antiguos y modernos. Toda la casa estaba llena de fotografías y adornos de todas las formas y colores. La cocina era muy grande y de madera en su mayor parte. El suelo estaba compuesto de piezas multicolores y los utensilios de cocina, todos ellos de aluminio, colgaban de ganchos dorados. Gino estaba en una isla central preparando aquella salsa boloñesa que tanto le gustaba a Jordan, la mejor que había probado nunca. El decía que era una receta secreta.

—¿Más vino? —preguntó él dejando un instante la cuchara de madera y acercándole una botella de vino.

—No debería.

—¿Por qué no?

—Ya sabes cómo me pongo cuando bebo.

—Entonces no hay más que hablar. No permitiré que vuelva a pasar de nuevo.

—¿No lo permitirás?

—Bajo ningún concepto. Lo que te dije va en serio, quiero demostrarte que entre nosotros hay mucho más que sexo. Espero haberte convencido para el viernes.

—¿Para el viernes? Eso no es una semana. Son sólo cuatro días.

—Creo que cuatro días es todo lo que podría aguantar viviendo bajo el mismo techo contigo sin tocarte.

Pero cuando llegó el jueves, Gino sentía que no podía aguantar más. Y no porque aquellos días con ella no hubieran sido maravillosos. Se había tomado toda la semana libre para estar con ella. Habían ido de compras juntos, y Jordan le había dejado que le comprara algo de ropa con un toque más femenino. Habían comido fuera casi siempre, pero la cena la habían hecho en casa de Gino.

Jordan estaba encantada de que él cocinara para ella. Habían visto juntos la televisión y pasado largos ratos sentados y hablando.

Gino había hablado más durante aquellos días de lo que lo había

hecho en años. No hubo nada acerca de su vida y de su familia que no le contara.

Lo único que no habían hecho era el amor.

Dormir juntos en la misma cama había sido cada noche más y más difícil. No sólo por la frustración de no poder tener sexo con ella. Deseaba casarse con ella, hacerla su mujer. Ojalá no le hubiera hecho aquella estúpida promesa a su padre.

Ahora se encontraba atrapado en una situación de la que no veía cómo escapar. Ningún camino en el que Jordan pudiera ser feliz. Ella estaba en una edad en que las mujeres deseaban más que nada casarse y tener hijos.

Proponerle que fuera su mujer sin casarse con ella no era suficiente.

Al mismo tiempo, sabía que no podía dejarla escapar. Lo había hecho una vez y nunca más volvería a nacerlo.

Estaba loco por ella.

Tal vez había llegado el momento de dejar de hablar y demostrárselo.

—Qué bien huele. Espero que te guste —dijo Jordan poniendo los platos sobre la mesa.

El jueves había decidido cocinar ella. No era su fuerte, pero con los años había llegado a adquirir la suficiente experiencia como para preparar recetas bastante dignas.

Gino no había dicho una palabra mientras ella preparaba todo y lo servía en la mesa. Se había puesto a ver las noticias en la televisión.

Jordan notaba que le pasaba algo. Pero no podía imaginar qué: toda la semana había sido perfecta.

—No estás tranquilo esta noche —dijo sentándose frente a él a la mesa.

—Mmm —dijo él pensativo mientras se servía la comida.

Jordan bebió un sorbo de su copa de vino antes de servirse. Su apetito había desaparecido de pronto. Siempre le ocurría lo mismo cuando percibía que algo no iba bien.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—En nosotros.

—¿En qué exactamente?

—Es mejor que lo hablemos después de la comida.

—Prefiero hacerlo ahora.

Gino la miró fijamente a los ojos.

—Como quieras. Estaba pensando en lo mucho que te quiero.

Jordan se quedó boquiabierta. Era la primera vez que le escuchaba una declaración de amor tan sincera.

—No es deseo. Es amor. Siempre ha sido amor.

Jordan no sabía qué decir.
—¿Y tú? ¿Qué sientes por mí?
—Ya sabes lo que siento por ti, Gino.
—Quiero que me lo digas.
—Te quiero. Nunca he dejado de quererte —declaró, dejando que su corazón expresara al fin sus sentimientos en voz alta.
—No esperarás que me quede aquí sentado después de lo que acabas de decir, ¿verdad? —dijo Gino mirándola a los ojos.
—No —respondió Jordan sintiendo cómo el deseo que había estado acumulando durante todos aquellos días estallaba.
Gino se levantó, dio la vuelta a la mesa y, separando la silla de ella con fuerza de la mesa, la tomó entre sus brazos.
—Hay algo más que quiero decirte. Tenemos que hablar de muchas cosas todavía. Pero ahora mismo quiero hacerte el amor. No será sexo. Lo que quiero es hacerte el amor —dijo él llevándola al dormitorio.
—Yo también, Gino. Yo también.

Gino se quedó sorprendido por la intensidad y la fuerza de la pasión que compartían. Se habían contenido tanto durante tantos días que apenas les dio tiempo a llegar a la cama, desnudarse y unir sus cuerpos. Duró unos pocos segundos. Después, sin dejar de respirar con rapidez, se quedaron abrazados uno junto al otro.
—Jordan, yo quiero casarme contigo. Pero no puedo —dijo Gino hundiendo su boca en el cabello de ella.
—Lo sé —dijo Jordan con tristeza.
—Quiero que seas mi mujer.

Jordan notó el pánico en su voz y supo que tenía que hacer algo. Tomó la cabeza de Gino entre sus manos y le miró muy de cerca.
—Seré tu mujer. En todos los sentidos. Te amaré, cuidaré de ti, seré la madre de tus hijos. Si eso es lo que quieres.
—¿Quieres tener hijos conmigo? ¿Incluso si no pudiera darles mi apellido?
—Lo único que no tendremos será una hoja de papel. Nuestro amor es más fuerte que eso.
—Eres una mujer maravillosa —dijo Gino con una mirada tan intensa que conmovió a Jordan.
—Soy una mujer normal y corriente enamorada de un hombre increíble. Podemos hacer que las cosas funcionen si nos amamos.
—Sí. Tienes razón.
Pero Jordan notaba que él todavía no estaba tranquilo.
—Estás preocupado por tu madre y tus hermanas, ¿verdad? Por lo que pensarán.
—Tendrán que acostumbrarse.

Jordan intuyó que la familia de Gino nunca vería bien aquella relación. No aceptarían una unión entre ellos que no estuviera bendecida por la iglesia.

—¿Cuándo vas a decírselo? —le preguntó ella.

—Mañana. Después de que compremos los anillos.

—¿Los anillos?

—El que no vayamos a casarnos no significa que no podamos llevar anillos.

—¿Anillos? ¿En plural?

—Por supuesto. Un anillo de compromiso y una alianza de matrimonio para ti y una alianza de matrimonio para mí. Quiero que todos sepan que estoy contigo.

Jordan se contuvo todo lo que pudo para no llorar.

—Eso me gustaría mucho.

—Pensé que te gustaría.

Capítulo 19

—Me hace feliz que te gusten los anillos —dijo Gino mientras salía con Jordan de una joyería de la calle Collins.

—Son preciosos —confirmó ella sin dejar de mirar el anillo de compromiso.

Era sencillo, pero llamativo. Un diamante tallado y recubierto de oro blanco acompañado de otros dos más pequeños a los lados.

El anillo de Gino, en cambio, era más grande y de oro dorado alrededor del cual había pequeños diamantes incrustados a intervalos regulares.

Se dirigían caminando hacia el lugar donde habían dejado el coche cuando el móvil de Gino sonó.

—Te dije que no quería utilizar esos andamios —dijo Gino irritado tras responder al teléfono y escuchar la voz al otro lado.

Jordan miraba los anillos a la brillante luz del sol.

—No, no, quiero verlo por mí mismo. Estaré ahí en veinte minutos —añadió Gino antes de apagar el teléfono.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jordan.

—Nada, problemas en el trabajo. No tengo tiempo para explicártelo ahora, pero tengo que ir. Te llevo a casa. Volveré en un par de horas, ¿de acuerdo? Ahora son las doce y media. Estaré de vuelta a las tres, como muy tarde a las cuatro. Puedes echarte la siesta, si quieres. Anoche no dormiste mucho.

—Tú tampoco.

—Dormí más de lo que lo había hecho en muchos días.

—¿Sigue en pie lo de ir a ver a tu madre esta noche?

—Por supuesto. La llamaré desde el trabajo.

—A lo mejor no quiere verme —dijo Jordan insegura.

—No pienses en ello de momento.

A las tres de la tarde, Jordan llevaba ya bastante tiempo nerviosa, intranquila, pensando en lo que pasaría por la noche, incapaz de dormir o de cualquier otra cosa.

A las cuatro empezó a desesperarse.

No quería llamar a Gino al móvil, sabía que estaba trabajando. Pero una sola llamada la tranquilizaría, así que marcó su número en el teléfono fijo de la habitación y esperó.

Sonó varias veces, siguió sonando, hasta que saltó el contestador.

Seguramente estaría en el coche, regresando a casa.

Pero diez minutos después Gino aún no había regresado. Estaba a punto de volver a llamarle cuando sonó el teléfono.

—¿Gino? —respondió Jordan con ansiedad.

—¿Es usted Jordan? —preguntó al otro lado una voz de mujer con

acento italiano.

—Sí.

—Soy María Bortelli, la madre de Gino.

—Oh…

Jordan no sabía qué decir. ¿Había ido Gino a ver a su madre antes de ir a casa? En ese caso, ¿por qué no se había puesto él al teléfono?

—Gino quería que te llamara. Me llamó por teléfono y me lo dijo.

—Entonces, ¿no está usted enfadada conmigo?

—¿Enfadada contigo? No, mujer. Ni contigo ni con Gino. No te llamo por eso. Jordan, ha habido un accidente en uno de los edificios de Gino.

A Jordan le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ha pasado? Dios mío. Dígame que no le ha pasado nada a Gino. Que está bien.

—Se ha caído de uno de los andamios. Los médicos están haciéndole pruebas ahora mismo.

—¿Está consciente?

—No.

Jordan emitió un grito ahogado de desesperación. ¿Qué sería de ella si Gino moría? Ahora él se había convertido en toda su vida, se quedaría sin una razón para vivir.

—Deberías venir. A Gino le gustaría tenerte a su lado.

—Sí, sí, tomaré un taxi y estaré allí enseguida —dijo Jordan.

El trayecto hasta el hospital le pareció interminable. Cuando llegó, Jordan cruzó las puertas corriendo y se dirigió hacia los ascensores.

—¿Jordan? —preguntó de pronto una mujer de alrededor de sesenta años, los ojos y el cabello muy oscuros y bien vestida.

—¿Sí?

—Soy María Bortelli.

La madre de Gino la observó con detenimiento.

—Eres tan hermosa como dijo Gino.

Jordan no sabía qué decir.

—Ven. Han llevado a Gino a cirugía —dijo la señora Bortelli tomando del brazo a Jordan.

—¡Cirugía! ¿Para qué?

—Tiene una hemorragia en el cerebro y deben pararla.

Jordan sentía que sus músculos se debilitaban.

—Sé cómo te sientes. Me pasó lo mismo cuando me enteré. Pero no hay que preocuparse. Gino es fuerte y está en buenas manos. Además, acabo de estar en la capilla del hospital, rezando.

Jordan no solía rezar mucho. Pensaba que Dios ayudaba a los que luchaban los que intentaban salir adelante por sí mismos. Pero en aquellos momentos estaba dispuesta a hacer una excepción.

—¿Te compró mi hijo esos anillos? —le preguntó la madre de Gino mientras subían en el ascensor.
—Sí, esta mañana —dijo Jordan mirando el anillo en su mano.
—Gino me ha contado la promesa que le hizo a su padre.
—¿Sí?
—Fue una ridiculez por su parte.
—Gino lo sabe, pero ahora no quiere defraudar aquella promesa.
La madre de Gino negó con la cabeza.
—Gino es un buen hijo. Pero no es justo que él espere que te conformes con esto. Él te quiere a ti, no quiere casarse con ninguna otra mujer.
Las puertas del ascensor se abrieron y las dos mujeres salieron a un largo pasillo con un típico olor a desinfectante.
—¿No le importa que no sea italiana? —preguntó Jordan.
—¿Por qué tendría que importarme?
—Al padre de Gino sí parecía importarle.
—Giovanni era mucho mayor que yo, era un anticuado. El nuestro fue un matrimonio de conveniencia, no por amor. Me prometí a mí misma que mis hijos nunca harían eso. Ésa es una promesa que nunca defraudaré. Nunca. El amor es más importante que un trozo de papel.
—Soy tan feliz de que piense así…
La madre de Gino le sonrió y Jordan reconoció en ella los maravillosos ojos de Gino.
—Gino y tú tendréis unos hijos preciosos.
—Si podemos.
Jordan se derrumbó al recordar el estado en que se encontraba Gino.
—¡Oh!, señora Bortelli. Le amo tanto —exclamó Jordan desesperada.
—Ya lo veo. Venga, cariño, ven conmigo. Gino no saldrá del quirófano hasta dentro de un rato. Vamos a rezar a la capilla.

Gino sabía que estaba soñando. Tenía que estar soñando. Jordan y él acababan de casarse en una iglesia muy antigua que no lograba reconocer. Ella parecía un ángel con su increíble vestido blanco, un ángel de Botticelli. No era en Melboume. Estaban en Roma.
«¡Claro! ¡Ésa es la solución! ¿Cómo no se me ocurrió antes?», pensó Gino en su sueño.
Intentó incorporarse, pero no pudo. ¿Qué ocurría? ¿Por qué no podía levantarse?

La enfermera de la sala de recuperación observaba a Gino atentamente.
—No intente levantarse todavía —dijo mirándole suavemente.

Gino trató de moverse, intentando mover la cabeza y el cuerpo.

—Tranquilo. La operación ha salido bien, pero ahora tiene que descansar.

—¡Jordan! —gritó Gino.

—¿Quiere que le diga a Jordan que está usted bien? —le preguntó la enfermera.

—Dígale que he encontrado una solución —dijo Gino antes de volver a caer en un profundo sueño.

El doctor Shelton entró en la sala y comprobó sus constantes vitales. La enfermera le relató su conversación con Gino.

—¿Y el nombre que le dijo fue Jordan? —preguntó el doctor.

—Sí.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sé, pero supongo que se refería a una mujer.

—Sí, seguramente.

Jordan estaba sentada en la sala de espera, rodeada de todas las mujeres que compartían la vida de Gino. Sus seis hermanas habían estado subiendo y bajando constantemente, preocupadas por su hermano.

Jordan se había sentido conmovida por el cariño con que la habían tratado. Ninguna de ellas la había hecho sentirse incómoda o fuera de lugar por el hecho de no ser italiana. Se quedaron sorprendidas, pero fascinadas, cuando Jordan les contó su historia con Gino diez años atrás. La más pequeña de las seis, Sofía, dijo que era la historia más romántica que jamás había oído. Y todas, las seis, estaban de acuerdo en que la promesa que Gino le había hecho a su padre había sido una tontería.

Pero también sabían que Gino jamás rompería una promesa.

Mientras estuvieron charlando sobre aquello lograron relajarse y dejar de pensar. Pero después, cayó sobre todas ellas un pesado silencio.

Un médico entró en ese momento por la puerta de la sala. Era alto, delgado, estaría cerca de los cincuenta y llevaba pantalones verdes de tela.

La madre de Gino se incorporó rápidamente y corrió hacia él.

—Doctor, ¿está bien mi hijo? —preguntó.

—Está perfectamente —dijo el médico abrazándola para tranquilizarla.

Jordan le dio gracias a Dios por haber escuchado sus plegarias.

—Hemos conseguido detener la hemorragia. Hemos visto haciéndole un escáner que su cerebro está intacto, no ha sufrido ningún daño. Ahora mismo está recuperándose, pero se despertará dentro de poco y podrá levantarse. Ahora, quisiera saber si hay

alguien aquí que se llame Jordan.

—¡Soy yo! —exclamó Jordan acercándose a él.

—Tengo un mensaje para usted.

¿Un mensaje? No entiendo.

—El paciente volvió en sí durante unos instantes y le dijo a la enfermera que le transmitiera a usted un mensaje. Dijo que había encontrado una solución. ¿Tiene eso sentido para usted?

—¡Sí! Sí, tiene sentido, ¡muchísimo sentido!

Capítulo 20

La luz del atardecer iluminaba el rostro de Jordan mientras Gino la rodeaba con sus brazos.

—Nunca pensé que llegaría este día. ¡Oh, Gino!, soy tan feliz —dijo Jordan.

—Todo es gracias a ti. Estás tan guapa vestida de blanco —dijo Gino besándola.

El fotógrafo acabó por impacientarse y carraspeó para llamarles la atención. La feliz pareja se separó.

Junto a los novios estaban las seis damas de honor, los seis acompañantes del novio, cinco pequeños pajes y siete niñas portando flores. Y eso sin contar a la madre del novio ni al tío de Gino, Stefano, que se había ofrecido a llevar a Jordan hasta el altar.

—El problema de las bodas italianas es que consiguen que *Ben Hur* parezca una película de bajo presupuesto —susurró Gino mientras los invitados se amontonaban al pie de las escaleras de la iglesia.

—Te entiendo —dijo Jordan sonriéndole a escondidas.

—Y gracias a Dios que no nos hemos casado en Melbourne. Todo habría sido más grande todavía y tendríamos que haber invitado a más de trescientas personas.

—Hablando de los invitados. Gracias por haber pagado el vuelo hasta aquí a Kerry y Ben, ha sido un detalle precioso por tu parte.

—Por favor, quédense quietos de una vez. Sólo sonrían —ordenó el fotógrafo exasperado.

Posaron para las fotos y, cuando hubieron terminado, los invitados se acercaron para felicitar a Jordan y besarla.

—¡Ya está bien!—dijo Gino sonriendo.

Bajaron las escaleras de la iglesia en dirección a la limusina que les aguardaba para llevarles a una hermosa villa con vistas al río Tíber.

—¡Por fin! Mi hermosa novia para mí solo —dijo Gino cuando estuvieron solos en la parte de atrás del coche—. Mi hermosa novia italiana.

—Todavía no, cariño. Hasta dentro de seis meses no me darán la nacionalidad.

—Tú ya eres una italiana en espíritu. Todo el mundo lo dice.

—Adoro Italia y a los italianos. Toda tu familia es tan agradable…

—Tú sí que eres una mujer adorable —dijo Gino besándola en la mejilla.

—No me has dicho dónde vamos a pasar la luna de miel —dijo Jordan.

—Esta noche la pasaremos en Roma, y mañana temprano embarcaremos en un crucero por el Mediterráneo. Espero que te guste.

—Si estoy contigo, cualquier cosa me parecerá maravillosa.

—Vas a ser la madre más guapa del mundo —dijo Gino sonriendo.

—Sólo tendrás que esperar ocho meses.

—¿Estás embarazada? —preguntó Gino quedándose sin respiración.

—¿Te sorprende? —dijo Jordan sonriendo.

Apenas hacía un mes que había dejado de tomar la píldora.

—¿No te importa haberte quedado embarazada tan pronto?

—Pronto cumpliré los treinta. El tiempo pasa muy rápido. Cuanto antes mejor, ¿no crees?

—Es el momento ideal. Hace diez años no habría sido adecuado, no habría sido un buen padre. Pero ahora sí lo seré. Seré un padre paciente y sacrificado.

—Yo también necesitaba madurar. Y hacer muchas cosas por mí misma. Ahora, creo que mi cruzada en el mundo de las leyes está satisfecha. Me gustaría tomármelo con más calma para poder ser madre y tu esposa.

Gino sonrió.

—¿Qué significa esa sonrisa? —preguntó Jordan confundida.

—¿A quién intentas engañar? Tú naciste para ser abogada igual que yo lo hice para ser ingeniero. Puedes postergarlo un poco, pero pronto volverás a necesitarlo, te apasiona ese mundo, luchar para hacer justicia. Si sólo ocupas tu tiempo en ser madre y esposa, te acabarás aburriendo.

—¿Lo crees de verdad?

Jordan sabía que tenía razón. Incluso durante aquellos meses tan maravillosos, había habido momentos en que había echado mucho de menos su trabajo, la tensión del juicio, la adrenalina llenando su cuerpo en los instantes previos al veredicto del jurado, y, sobre todo, la satisfacción de ganar casos como el de Sharni Johnson.

—Estoy seguro. He pensado que cuando regresemos a Melbourne tal vez podrías abrir tu propio bufete. De ese modo podrías encargarte sólo de los casos que te interesaran de verdad. ¿Qué te parece?

—Me parece que me conoces demasiado bien.

—Así es, mi amor. Por cierto, ¿qué llevas puesto debajo de ese enorme vestido blanco?

—Eso no lo sabrás hasta esta noche —dijo Jordan con una mirada provocativa.

—Quiero saberlo ahora mismo.

—¡Estás loco!

—Loco por ti.

—Y consigues que haga terribles locuras.

—Pero adoras hacerlas.

—Te adoro a ti. Te amo.

—Nunca me cansaré de que me lo digas —dijo Gino.

—Te amo —repitió Jordan con los ojos iluminados de felicidad.

Fin.